

# El Ruedo



2  
Ptas.

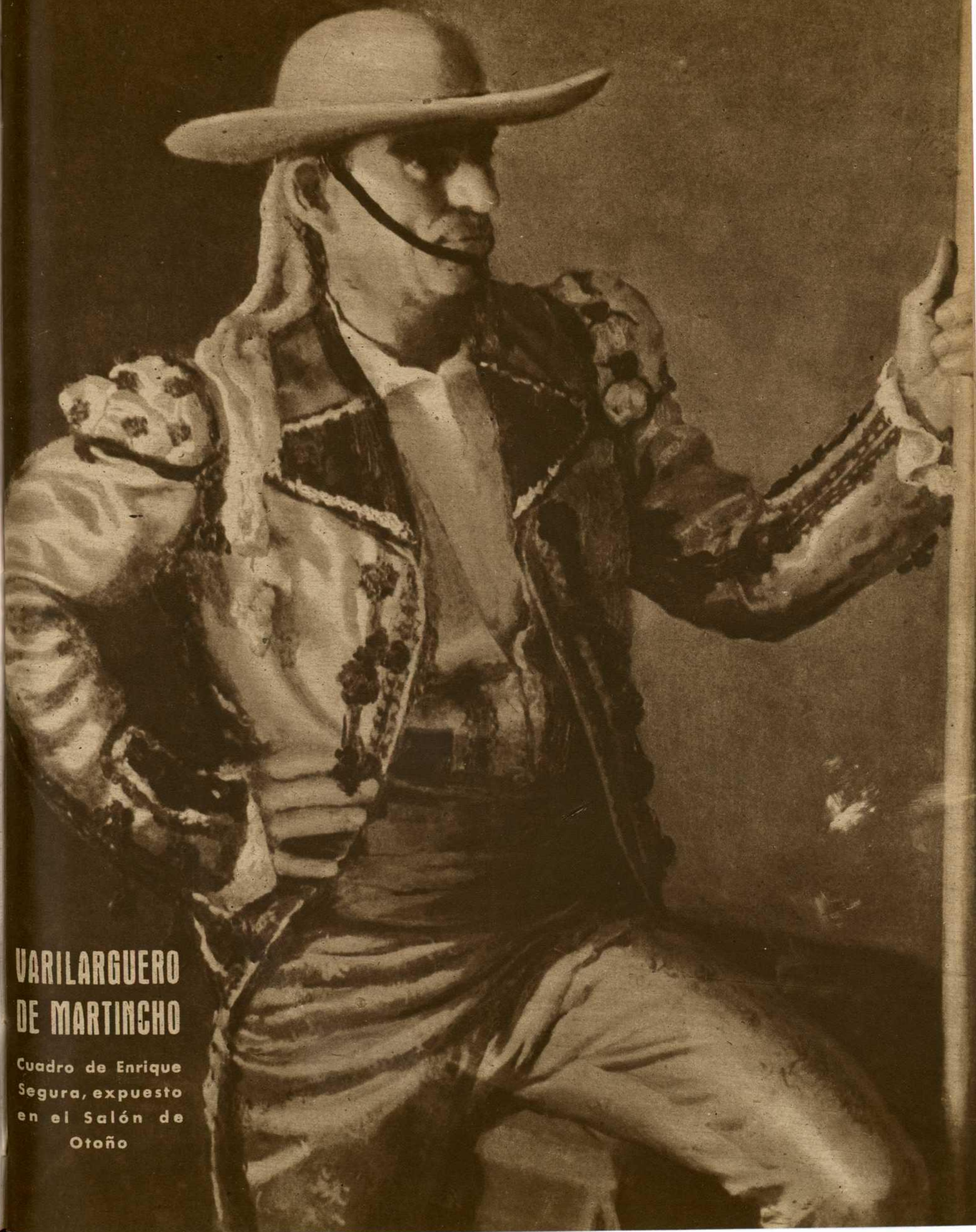
JANÉDRA





Toreando en un tentadero  
(Dibujo de Enrique Segura.)





**VARILARGUERO  
DE MARTINCHO**

Cuadro de Enrique  
Segura, expuesto  
en el Salón de  
Otoño



# AYER Y HOY

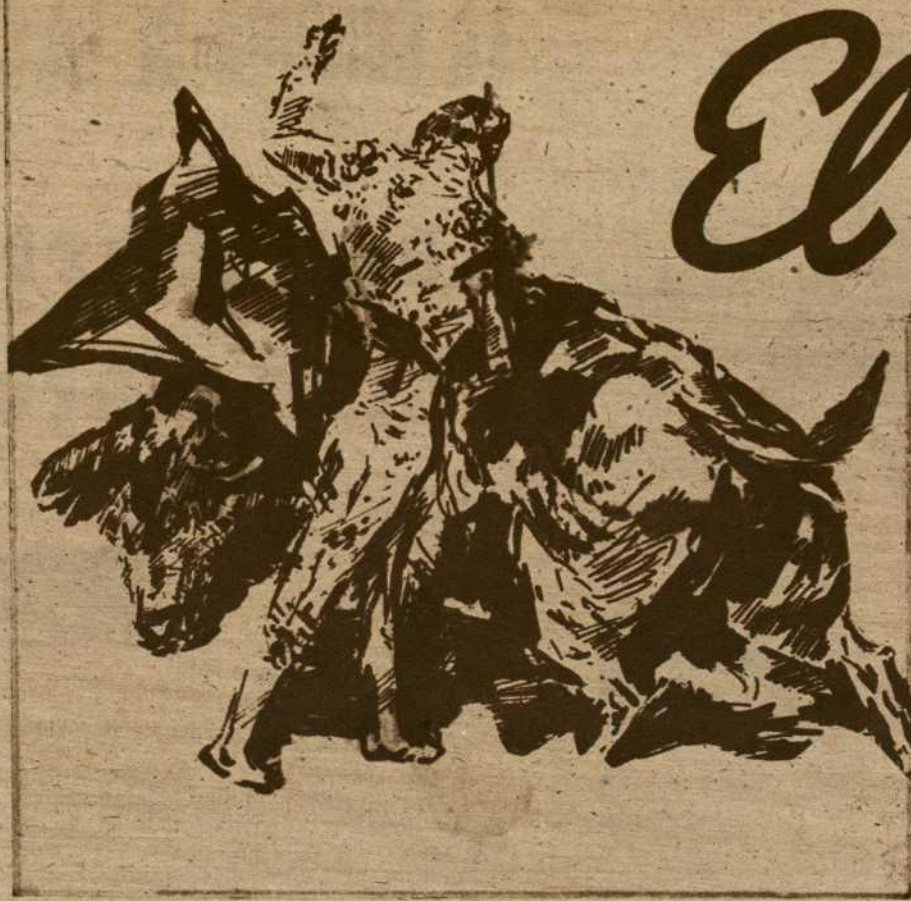
ALGO SOBRE EL TOREO DE CAPA

Por ANTONIO CASERO



ANTONIO CASERO *A*





# El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA  
FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Año II -:- Madrid, 20 de diciembre de 1945 -:- Núm. 78



MARIO CABRÉ GRAVEMENTE HERIDO DURANTE EL RODAJE DE UNA PELICULA.—El popular torero catalán, que ha sufrido una grave cogida al realizar una de las escenas de la película «El Centauro»

(Amplia información en las páginas 10 y 11)

## PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



UNA vez más, El Cachetero ha puesto el dedo en la llaga, en esa tremenda llaga que padece la fiesta por más de una causa. Se refirió en nuestro número pasado, en sus *Reflexiones de invierno*, a la cuestión económica, acaso la más grave, y seguramente causa resumen de todas, a cuento de esa noticia, verdaderamente espeluznante, de los millones ofrecidos al mejicano Carlos Arruza por los empresarios señores Alegre y Puchades, para torear cincuenta corridas con carácter de exclusiva, reservándose el diestro

el derecho a torear seis más, dos en cada una de las Plazas de Madrid, Barcelona y Sevilla.

Este detallito repercutirá, como es lógico, en las taquillas, y, en consecuencia, en el bolsillo de los aficionados. Contra esa desbocada carrera de ambiciones económicas, sólo se vislumbra una solución posible, que nuestro admirado compañero apunta así: «En los organismos de autoridad está la palabra, y en su poder, los precios de las localidades de hace sólo cuatro años. Una orden imponiéndolos como vigentes, y se acabó.»

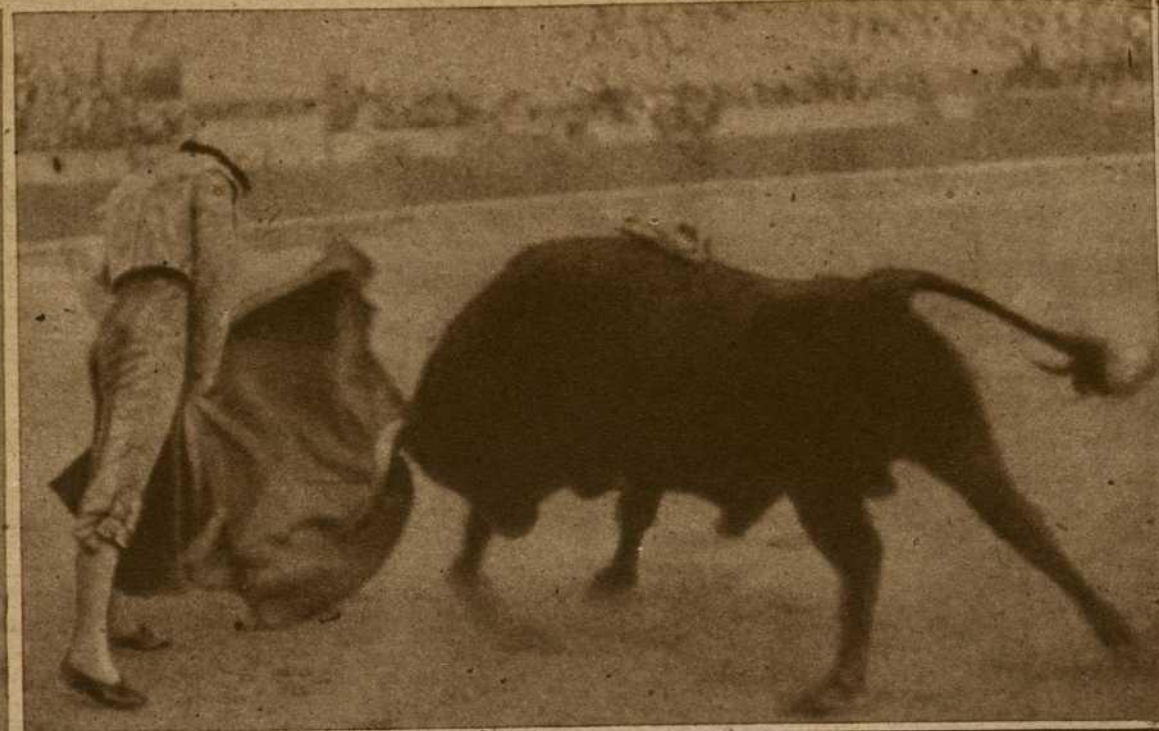
Desde luego, querido Cachetero; por este sistema el reajuste económico vendría solo; pero nosotros, imparciales observadores de los acontecimientos, y puestos al lado del público, que, en definitiva, es el pagano de todas las ambiciones, debemos pedir a los mismos organismos de la autoridad que traten de aliviar de impuestos a la fiesta, pues si mis informes no fallan, el 45 por 100 de los ingresos que por ella se obtienen han de separarlo los empresarios para cargas y tributos, quedándoles el 55 por 100 para atender a todos los gastos del espectáculo en sí y al rendimiento y amortización de sus capitales.

Así, pues, de un ingreso de medio millón de pesetas, que obtenerlo en la Plaza de Madrid, por ejemplo, supone vender todas sus localidades, unas con otras, a 22,25 pesetas —precio disparatado, sólo admisible en una corrida de postín— le quedan a la Empresa 55.000 duros para pagar un diestro superespecial —pongámosle, refrenando sus ambiciones, veinte mil duros—; dos de otras clases inferiores —pongámoslo a diez mil cada uno—, y una corrida de buen hierro —que no costaría menos de quince mil—, y tendremos invertidos los cincuenta y cinco mil duros, sin añadir ni un solo gasto más de los muchos que le quedan, ni adjudicarse una sola peseta por gestión, intereses de su capital, amortización, etc.

Entiendo poco de números, querido Cachetero; aun menos de lo que me gustan, que ya es decir; pero sospecho que no anduve muy equivocado al hacer los cálculos precedentes, y que si es así el negocio de los toros, se va a poner peor que feo, porque feo ya está de por sí.

Y eso, sin meternos para nada en el medio toro, el tercio de toro, las cariocas, los petos, los estilismos de relumbrón y tantos males como provocan la gran llaga que padece la fiesta.





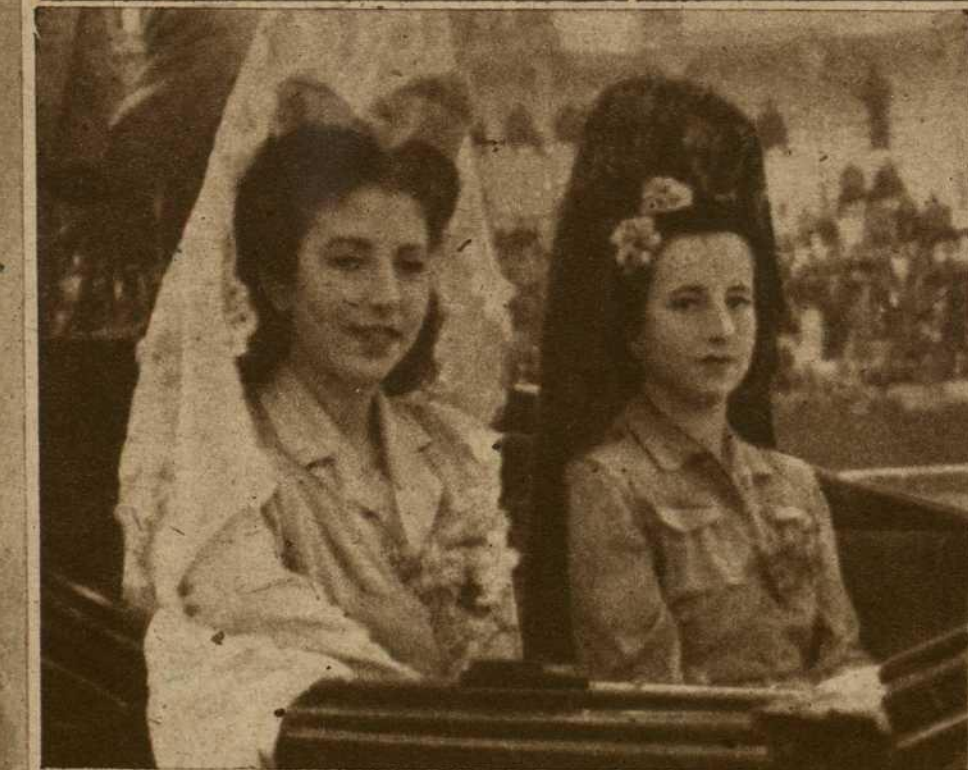
Un lanceo de capa del mejicano al mayor toro de la corrida



La distinguida señorita Anfilin Gavilán, que pidió las llaves en la corrida de Córdoba celebrada a beneficio de la Cruz Roja



Carnicerito de Méjico brindando la muerte de su segundo toro al ganadero cordobés don Manuel Guerrero Palacios



Dos bellas señoritas, que formaron parte de la presidencia, desfilan en coche por el ruedo antes de comenzar la corrida



Belleza, alegría y juventud. Tres señoritas, que dieron la nota de gracia a la corrida y a la presidencia, desfilan por el ruedo en el coche

## LA CORRIDA DE LA CRUZ

# Carnicerito Curro Caro y Julián Marín

**DEBE**, por poco usual, señalarse la efemérides taurina que cierra este año de 1945. A la plaza cordobesa —plaza de abolengo y de solera— ha correspondido cerrar el ciclo con esta fiesta de gala, organizada por la españollísima Cruz Roja. Y en este alegre coso, en tarde invernal, soleada y fría, se ha registrado la efemérides. Un ganadero de la tierra —un señor ganadero y un ganadero señor—, don Manuel Guerrero Palacios, ha hecho su presentación como criador de reses bravas y ha tenido un gesto, inaudito también en los andantes tiempos del poco peso, la poca edad y los altos precios, de regalar el lote a la entidad organizadora de la fiesta.

Pero a fe —y sigue la efemérides— que si la corrida no hubiese pasado de mediocre, si el señor Guerrero Palacios se hubiese despojado de un saldo de toros para alardear de generosidad, la cosa no pasaría de los límites de lo intrascendente. Mas es el caso que el lote cedido por el ganadero cordobés para su presentación en la plaza de su tierra ha sido magnífico, tanto en trapío como en bravura. Los seis toros, bien criados, con edad, peso, cornamenta, poder, codicia, nobleza y suavidad, han deparado a su criador un rotundo triunfo. Al tercer toro —Gironcillo, 44, negro— se le dió la vuelta al ruedo en el arrastre, y los restantes fueron excelentes ejemplares que arrancaron a los caballos con poder y alegría y llegaron a la muleta ahormados y «cómodos». En el cuarto toro culminó el triunfo del ganadero cordobés. El bicho —Bailaor de nombre, negro, número 41, muy gordo, gacho y bronco de cuerna, ligeramente bizco del izquierdo— dió una lidia de auténtico toro de bandera, noble, pastueño y suave, que hizo la pelea sin abrir

### JUICIO

## ROJA EN CORDOBA

# de Méjico, Julián Marín

### CRITICO

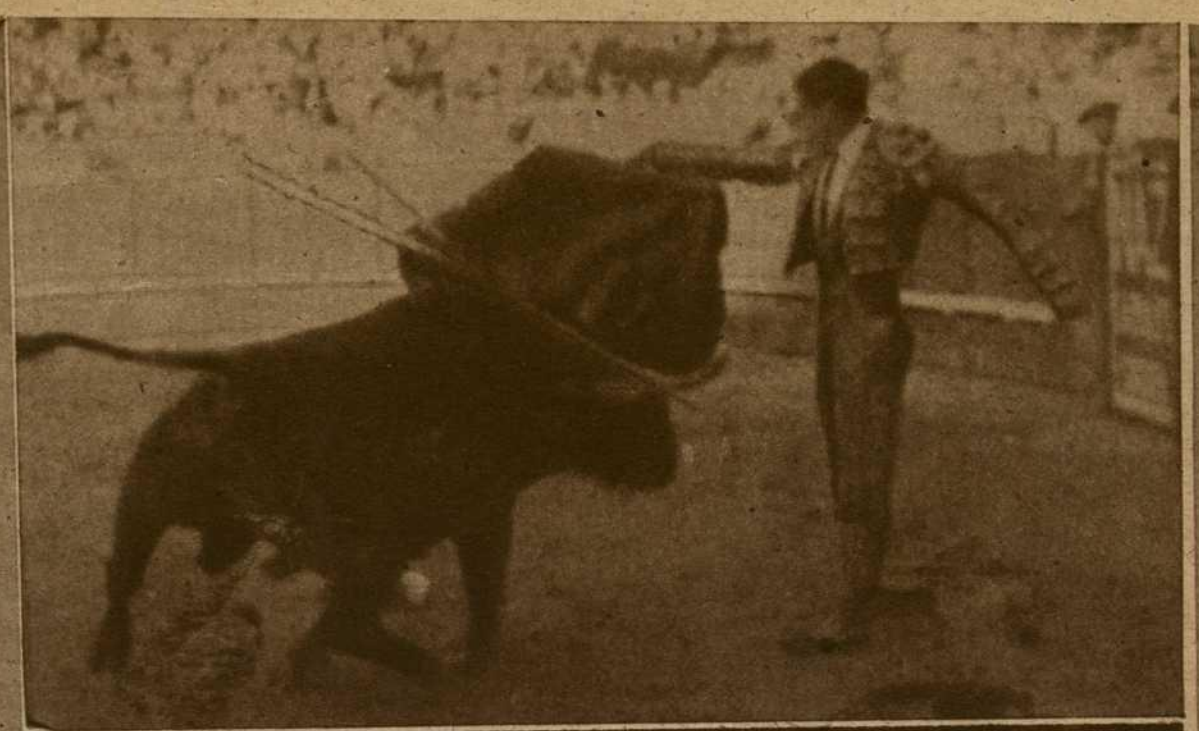
la boca y fué creciéndose de capote a varas, de éstas a banderillas, y —ya refrescado— llegó a la muleta pidiendo una faena que, en verdad, no se le hizo, porque el arte brilló por su ausencia, si bien el valor quedó patente, y el bravo toro murió por lo alto, mientras su matador —Carnicerito de Méjico— cortaba la oreja y, acompañado del mayoral de la vacada, daba la vuelta al anillo y las mullillas paseaban entre ovaciones al ejemplar Bailaor.

Pocos rasgos más —con este basta por lo extraño— registró la corrida de la Cruz Roja cordobesa. No hemos de decir que los toreros —Carnicerito de Méjico, Curro Caro y Julián Marín, en este caso—, poco acostumbrados a corridas de este trapío y esta bravura y a mediados de diciembre por contera, se limitaron a estar voluntariosos, acaso valientes —y en esto resaltó el mejicano—, no atemperándose, porque ello hoy no es usual, al trapío ni a la bravura de los morlacos.

Córdoba triunfó también en el aspecto picanderil. Pepe, Zurito, el hijo mayor del «señor Manuel», picó en lo alto, con estilo tampoco hoy al uso, en tres ocasiones, al quinto toro. El público aplaudía la bella suerte, mientras el piquero, castoreño en mano, saludaba emocionado y desde el morrillo a la pezuña del hermoso toro corría la sangre como un jirón de gloria y de bravura...

Bellas estampas no de ahora, de otros tiempos, las que pasaron ante nuestra retina en esta tarde invernal, en el ruedo de Córdoba. Allá, en el palco presidencial, Machaquito, el antiguo torero, que asesoraba la lidia, parecía sonreír, complacido, ante la evocación.

JOSE LUIS DE CORDOBA



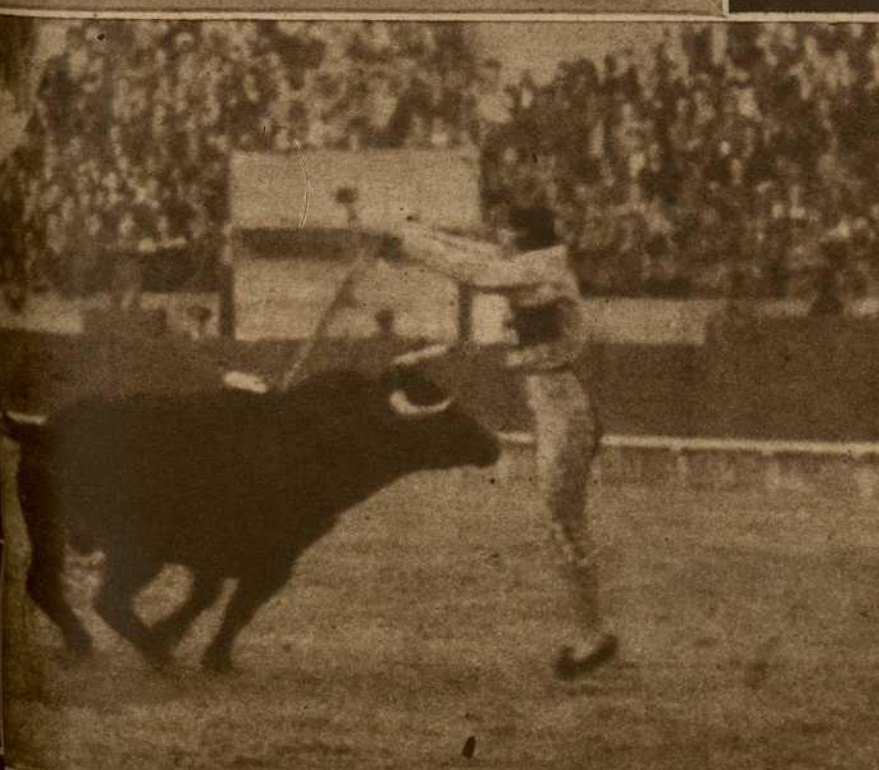
Julián Marín, el torero navarro, torcando a su primer toro por alto



El mayor, el de la ganadería del señor Guerrero Palacios, acompañado del diestro Carnicerito de Méjico, da la vuelta al ruedo



Un alarde de valentía de Curro Caro el domingo en la corrida de la Cruz Roja celebrada en Córdoba y que tuvo un gran éxito



Carnicerito de Méjico en un buen par de banderillas al toro Bailaor, al que cortó la oreja en Córdoba



Otras dos bellezas cordobesas que prestaron su cooperación para actuar como presidentas en la corrida de la Cruz Roja (Fotos Ricardo)



## NUESTRA CONTRAPORTADA

# MARIA SALOME, LA REVERTE



**H**E aquí un caso de desvergüenza que no tiene par en la historia del toreo. Esta María Salomé ni era María, ni Salomé, ni se debió apodar la Reverte. Parece que la historia, poco edificante, taurinamente hablando, de esta señorita torera, que no era señorita y no sabía torrear, debió servir de tema para un juguete cómico de fines del pasado siglo. Pero las supercherías de Agustín Rodríguez no tuvieron ni gracia, y si se le recuerda, aunque no tuvo mérito taurino alguno para pasar a la posteridad, es por los embustes y fraudes que hizo en su dilatada vida profesional.

Agustín Rodríguez nació en Jaén. Durante la primera decena del siglo toreó bastante como señorita torera, y hasta llegó a presentarse en Madrid, el 11 de noviembre de 1908, por una orden firmada por don Juan de la Cierva, titular del Ministerio de la Gobernación, se prohibió la actuación de las mujeres en espectáculos taurinos. Entonces, Agustín Rodríguez dejó de ser María Salomé y se anunció como novillero. Actuó en diversas novilladas, y en todas estuvo mal. El público, del que se había burlado Agustín, no le perdonó el engaño, y cada vez lo trató más duramente, hasta que logró alejarle de los ruedos. Rodríguez fue luego guarda jurado, y ejerció otros humildes menesteres.

En 1908, por una orden firmada por don Juan de la Cierva, titular del Ministerio de la Gobernación, se prohibió la actuación de las mujeres en espectáculos taurinos. Entonces, Agustín Rodríguez dejó de ser María Salomé y se anunció como novillero. Actuó en diversas novilladas, y en todas estuvo mal. El público, del que se había burlado Agustín, no le perdonó el engaño, y cada vez lo trató más duramente, hasta que logró alejarle de los ruedos. Rodríguez fue luego guarda jurado, y ejerció otros humildes menesteres.

Pasó por mujer, y luego confesó que era hombre. Aun hubo quien puso en duda lo que Agustín dijo y siguió creyendo que era una mujer que no se resignaba a verse fuera de los ruedos.

Ha quedado todo aclarado. Como torero no hubiera merecido nunca un recuerdo de los aficionados. Su despreocupación para acomodarse a las circunstancias sí que merece ser recordada y condenada.

Fue un desahogado en el terreno taurino y hay que suponer que en los demás.

Quedamos, pues, en que no hubo tal María Salomé, y, por consiguiente, que no existió la Reverte, y en que el novillero Agustín Rodríguez no logró situarse en un plano discreto y tuvo que dedicarse a trabajar en lo que querían darle para poder vivir. Si hubiera hecho esto, y sólo esto, su nombre no sería recordado como el de uno de los sujetos más desaprensivos que han actuado en los ruedos españoles.

BARICO



*Inocente*  
es el vino para copiar

**VALDESPINO**  
JEREZ

## AL MARGEN DE LA FIESTA

# Ligero fué un toro bravo que se dejó domesticar como un cordero



El toro Ligero, con su domador, El Tiri, en uno de sus ejercicios, según un dibujo de la época

**N**O hace muchas semanas, y como espectáculo circense, fueron presentados, en uno de los coliseos madrileños tres cornúpetas amaestrados con aspecto de chotos suizos.

En realidad, pocos eran los ejercicios que realizaban los pacíficos ruminantes.

El hecho nos trae a la memoria la existencia del famoso bovino Ligero, un toro de brava procedencia cornuda, que en la vieja Plaza madrileña obtuvo un éxito ruidoso. No se trataba de un astado en el establo de una vaquería nacido y criado.

Ligero, de bonita estampa, negro, no castrado y con sus buenos cinco años sobre sus relucientes lomos, pertenecía a la ganadería del marqués de Tablantes, siendo hijo de una vaca retinta llamada Pimienta y del toro Peregrino, bravo y poderoso, que, lidiado en Almagro, mató cinco caballos.

Había sido el toro domesticado hábilmente, a cambio de porrazos y volteretas, por un individuo llamado Manuel Gómez, El Tiri, quien se hizo tan popular como el toro en cuestión.

El Tiri había adquirido a Ligero siendo éste añojo, y con una paciencia hebrea, le fué enseñando poco a poco diferentes ejercicios, muy espectaculares.

Veamos ahora qué fué lo que hizo Ligero cuando en Madrid se presentó, después de una gran propaganda.

Explotaba como empresario la Plaza el famoso toledano Casiano Hernández, y ocurrió el suceso el día 30 de mayo de 1878.

Anunciada para tal fecha una novillada, tal expectación despertó la exhibición del bovino amaestrado, que se agotaron rápidamente las localidades.

Como *vermouth* del festejo se lidiaron varios novillos embolados por una cuadrilla de principiantes, siendo uno de aquéllos estoqueado regularmente por El Herrero.

Felipe García, más tarde matador de toros, se las entendió con dos toracos de don Atanasio Rodríguez, y Cosme González, célebre banderillero, mató otro bicho del mismo ganadero.

Pero el eje de la fiesta fué la exhibición de Ligero, quien, ante el entusiasmo de los espectadores, realizó los siguientes trabajos:

Hecha la señal convenida, apareció Ligero, y sentado sobre él, su domador. Atravesó el albero, y arrodillándose ante la presidencia, el Tiri se destocó respetuosamente.

Después, Ligero se tumbó sobre el ruedo, y, enroscándose con el Tiri, simularon ambos hallarse dormidos.

Seguidamente, el domesticado cornudo fingió hallarse muerto.

El domador se colocó sobre el cuerpo del astado, bailó sobre él y no se levantó hasta que el Tiri se lo ordenó.

A continuación, el Tiri se echó sobre la arena, y el toro le puso sobre la boca una de sus pesnuas.

Ovacionados por el público estos ejercicios, Ligero hizo unas demostraciones acrobáticas, saltando repetidas veces sobre el Tiri, hallándose éste encorvado.

Finalmente, y ante los aplausos de la concurrencia, se paseó por el anillo Ligero, llevando a su domador montado sobre el pescuezo, con la cabeza hacia abajo y el cuerpo sobre las astas.

El Tiri, que vestía traje corto, blanco, y sombrero calañés, fué objeto de enormes ovaciones, y en la segunda exhibición, con otro llenazo, el día 2 de junio siguiente, además de repetir Ligero los citados ejercicios, estando el bovino echado, el Tiri colocó sobre el cuerpo del bruto una silla, sentándose en ella con toda tranquilidad.

La actuación del Tiri con su amaestrado toro fué por entonces el tema de todas las conversaciones, particularmente entre la gente de coleta, y como se pusiera en duda la bravura del domesticado animal, en su segunda presentación, el banderillero Francisco de Diego, Corito, le toreó a la verónica, embistiendo Ligero con gran acometividad, empujando por el brazo derecho al banderillero, que sólo resultó, afortunadamente, con una de las mangas de la casquilla destrozada.

Recorrió el famoso toro de triunfo en triunfo todos los cosos españoles, pudiéndose asegurar que ha sido el caso único en la historia de la Tauromaquia, pues si bien es cierto que otras reses pasaron a ser célebres por su docilidad y mansedumbre, ninguna llegó a someterse a la voluntad del hombre hasta el extremo en que lo hizo Ligero.

Y para los que mal informados, por haber leído en Diccionarios y Tratados en puntas, aseguran que el toro es indomable si previamente no es castrado, la historia de Ligero les hará, seguramente, cambiar de opinión.

DON JUSTO



## DON FROILAN MIRANDA NIETO vió torear en el Perú a un español apodado El Troni

El ruedo de la Plaza limeña de ACHO,  
que es el mayor del mundo, va a ser  
reducido al tamaño del de MADRID

**F**ROILAN Miranda Nieto, agregado de Prensa de la Embajada de Perú en España, es este señor de blanco pelo y redonda corpulencia de banquero de la Quinta Avenida que está frente a nosotros. Un señor Miranda bien distinto, en la apariencia física, de aquel joven Miranda que conocimos en el Madrid de hace quince años, cuando Froilán, periodista siempre, aunque sus quehaceres diplomáticos le hayan apartado hace tiempo de la profesión, era redactor de un diario de la capital de España.

Nuestro amigo Miranda pertenece a una de las más distinguidas familias del Perú; pero él, que tenía allí una vida fácil, llena de comodidades, se fué por el mundo, llevado por su gusto por la noticia, por su afición a leer cuartillas. Madrid le sedujo, y en Madrid se quedó, hasta que las circunstancias que se atravesaban en el camino que querían seguir los hombres, le devolvieron a su país. Al cabo de unos años vuelve a España. Es joven, a pesar de la nieve de sus cabellos. Tiene un cargo importante, que desempeña por encargo de su patria. Tiene aún otra misión, más principal, que se extiende por toda Europa. Pero, en el fondo, él se considera todavía aquel Froilán que conoce el humo de los viejos cafés, aquel Froilán que llegaba en la charla nocturna hasta tropezar con la madrugada. Ha acudido puntualmente a nuestra cita, y vamos a ver en seguida cómo nos habla de toros este extranjero. ¿Pero debemos considerar extranjero a Froilán Miranda Nieto? Él cree que no, y nosotros también.

Naturalmente, el primer festejo taurino que yo vi tuvo lugar en Lima, en la histórica Plaza de Acho por la que han desfilado las grandes figuras del toreo español. El ruedo de Acho es el más grande del mundo. Ahora lo van a reducir, y quedará del diámetro del de Madrid, con lo que se ampliará notablemente el número de localidades. En la reforma se suprimirán los cuartos.

—¿Qué cuartos?

—Una localidad que se desconoce en España. Los cuartos son habitaciones debajo de los tendidos, y tienen como una franja de menos de medio metro por donde se pueden asomar los espectadores para presenciar la corrida sin que los vea el resto del público. A estos cuartos hay grupos que van a las doce de la mañana, y almuerzan allí, y cantan, y se divierten hasta que empieza la corrida. También personas que, por unas causas u otras no desean ser vistas en la Plaza. Pero, ahora que me acuerdo: donde yo vi esto: quitar toros por primera vez fué en mi provincia natal, en Moquegua. Sí, sí; eso es.

—¿Quién toreaba?

—Fué una cosa pintoresca. Se organizó un beneficio a favor de un torero español, El Troni, que no creo figure en ninguna historia taurina. El Troni tenía ya más de cincuenta años, y no se sabe cómo había caído por allí, procedente de Bolivia. Estaba sin recursos y se organizó la corrida, que fué un éxito económico y le sacó de apuros, para ayudarle. No tenía traje de luces; salió con un pantalón de pana de color violeta, una gorrilla blanca, como la guayabera; camisa de chorreras, de blanca, que le hizo su mujer para ese día... Lo único que llevaba del traje de luces eran las zapatillas. De pieón iba con él un toterito, también español, que se llamaba Chiquito de Almería. Los toros fueron cogidos en las lomas donde pastaba la ganadería perteneciente a nuestra familia. Eran toros sin casa, carne para el matadero. Cuando se cansaban de embestir la emprendían a mordiscos y patadas. El Troni mató tres, y no pudo matar cuatro porque una cornada le corrió desde el pantalón hasta las chorreras y aunque, por fortuna, no le causó herida grave, lo desmudó por completo, y hubo que terminar la corrida por falta de indumentaria, caso



Don Froilán Miranda Nieto,  
agregado de Prensa de la Embajada del Perú

nunca visto en los anales de la tauromaquia.

—Y en la Plaza de Acho, ¿a qué toreros vió usted?

—A muchos, a todos los que pasaron por allí. El primero, El Gallo Puso banderillas en silla, y tuvo una tarde tan triunfal, que el público desenganchó los caballos de su coche y tiró de él, paseando a Rafael en triunfo por la población. Y eso que los toros, grandes, de Asín, con cornamenta enorme, eran para asustar a cualquiera. Sin embargo, hasta que no vi a Belmonte no sentí la verdadera emoción, la cosa maravillosa del toreo. Belmonte produjo en Lima una conmoción indescribible, conmoción que llegó a los círculos intelectuales y los impresionó en gran manera. Buena pueba de ello es que antes que se ocupara de este diestro Ramón Pérez de Ayala, ya lo hizo en Lima un hombre de letras tan importante como Abraham Valdelomar, que usaba el pseudónimo de "El Conde de Lemos", y que escribió un libro, "Belmonte, el trágico", que constituye un estupendo ensayo sobre la estética del toreo belmontino.

En España, Froilán Miranda Nieto es un espectador frecuente. Entre las tardes que recuerda figura aquella de Garza y El Soldado, cuando el primero citó a matar con un pañuelo, y el segundo, para superar la hazaña, citó con la mano. Ahora va siempre que le atrae el cartel, lo que no sucede todas las veces que él quisiera.

—¿Hay semejanza entre los públicos peruanos y los españoles?

—Tanta, que puede decirse son idénticos. La misma pasión, las mismas discusiones en los tendidos. Por haber, hay hasta toreros. La figura cumbre fué Angel Valdés, un negro que tenía gran habilidad para matar a "metisaca". Aparte Moritani, que es de ahora, la afición española no habrá olvidado seguramente a Sissoni. Pero el peruano brilla más en el toreo a caballo, desde el que practica la suerte de capear, preparando al toro para el rejoneador. Los caballos destinados a estas faenas son de origen andaluz, y están domados tan maravillosamente, que pueden llevar en las bridas cintas en vez de correas, y el jinete es capaz de llevar en la mano una cuchara con leche sin que se le vata una sola gota. En el rejoneo tenemos en Conchita Cidrona a nuestra primísima figura.

—¿Hay algo, dentro de la fiesta, que le llame especialmente la atención?

—Lo más característico de ella es su virilidad acentuada. A pesar de los colorines, de los finos adornos de los trajes de los toreros, no hay un gesto equivoco, y se les ve siempre... machos.

—¿Y es grande la afición en su tierra?

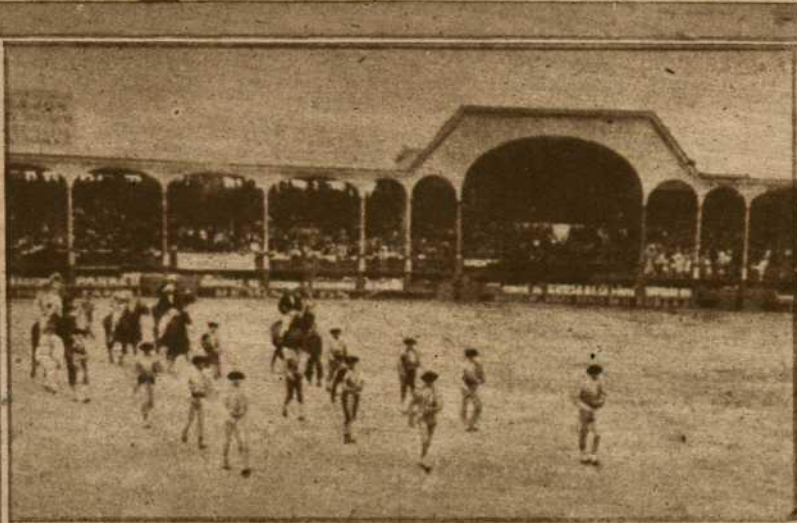
—¿Cómo grande? Es gigantesca. Yo he visto a espectadores llorando de emoción. Y lo mejor que tiene esta afición a los toros es que unifica a todas las clases sociales, porque todas se funden en público de este espectáculo único.

—¿Qué se piensa en América de nuestros toreros?

—Le diré lo que pienso yo, que soy americano. Los toreros españoles son un admirable lazo de acercamiento, y es forzoso reconocer que ellos han sido en América los diplomáticos permanentes los que en momentos en que los poderes públicos se desprecuparon de la relación hispano-americana sirvieron, al otro lado del Atlántico, para que se recordara a España.

Y después de estas palabras, en las que hay tanta sinceridad, tanto cariño y tanta simpatía, nuestro amigo y antiguo compañero Froilán Miranda Nieto nos dejó para irse a aquel mismo café lleno de tradición y de sombras literarias, donde hace quince años iba todos los días a la salida de la redacción.

RICARDO ARMENTALES



La Plaza de toros limeña de Acho, cuyo ruedo es el mayor del mundo



# TOROS EN LA CALLE

SEVILLA. Últimos años del 800. Primavera. Noche de luna. Un olor penetrante de azahar respira en la madrugada con intermitencias de otro olor más prosaico: el del pescado frito. Sevilla duerme en el terciopelo plata y azul de su ambiente. Este terciopelo se rasga con la vibración de las dos de la madrugada, que caen en la noche con ondas multiplicadas en la lejanía. El sereno canta la hora: «Ave María Purísima...»

El lugar de la acción es el compás de la



Enrique Vargas, Minuto

Laguna. Este compás es la confluencia en una barreduela de las calles de Jimios, Harinas, Tintores —famosa por sus tajadas de bacalao o soldados de Pavia—, Zaragoza y Barcelona. La calle de Barcelona desemboca en la Plaza Nueva. De allí, más tarde, ha de oírse una sorda marea de vocerío.

En la barreduela o placeta hay una sastrea: la de Guillermo Rico, primer amor de una rubia preciosa, futura cortesana cosmopolita. En la acera de enfrente vemos un estanco, cuyo estanquero tiene mujer y tres chavales. Al más arrapiezo le conoces tú, lector, y le aplaudes. Se llama Luis Fernández de Sevilla y es autor de *Madre Alegria*, *Los clavels*, *Don Manolito* y *Estudiantina*. En el chafalán que forma la unión de las calles de Jimios y Harinas está situada una tienda de montañés. Y en el preciso momento en que se inicia la acción, ábrese la puerta y sale Joaquín, el guarda de la calle, paladeando media caña de vino de la hoja. Este Joaquín es zapatero remendón de día, y de noche comparte con el sereno la vigilancia del barrio.

Fué banderillero en corridas formales, pero un revólver *esaborio* le quitó los moños toreriles, y hoy apenas con la lezna y la gorra de galón *colorao*, con su numerito de lata, *pa* ganarse un triste plato de chicharres. ¡*Por vía e los moro!* Pero Joaquín se estremece de orgullo hasta saltársele las lágrimas cuando piensa que a su guarda cuidadosa confían su sueño los dos vecinos más conspicuos del compás: el uno es el buen torero Paco Bonal, Bonarillo, y el otro es *ná menos* que Enrique Vargas, Minuto, torerazo tan chiquitín, que por lo diminuto le viene lo de Minuto. Joaquín tutea a entrambas glorias *nasionales* por aquello de la *alternansia*, y dice de Minuto que es *menúo* como la pimienta, *salao* como la mojama y trigueñito de *coló* como una *hogasa* boba de Alcalá.

¿Y qué hace Minuto en este momento de las dos y un minuto de la madrugada? ¿Qué hace ese torero tan grande y tan chico? Véamoslo, lector, una vez que tenemos la facultad sorprendente de penetrar en el misterio de su alcoba. La candelilla de una mariposa ante la imagen de la Virgen de la Esperanza guía nuestros pasos furtivos... ¿Duerme Minuto? No; se agita nervioso, buscando una postura, que no encuentra, en la cama enorme, cubierta con un mosquitero que parece azul. De pronto retrocedemos, con un respingo de susto. Minuto se atiza un bofetón, que estalla como el aplauso de un jefe de *claque*. ¿Por qué? Porque un mosquito se ha *colao* en el mosquitero y lo tiene en vela con su solo de violín. El hombre se incorpora, ¡*maridita* sea!, y enciende un *serillo pa quemá al arma mia* del mosquito; pero se quema los *deos* y está a pique de *quemá* el mosquitero. El mosquito puede más. Minuto se aguanta con su sino, se rebuja bajo la sábana, y un minuto después Minuto está en el limbo, pero con *fatigas* de pesadilla. ¿Qué sueña? Sueña que el mosquito se vuelve toro, pero tan grande, tan grande, que no cabe en la alcoba. Minuto quiere matarlo. Tiene la *espá* en la mano; pero, ¿dónde hay una muleta del tamaño del bicho? Se acuerda en un *repente* del telón de boca del teatro del Duque, y en un *voletio* se hace con él. Se va *pa* el toro como un jabato, lo pasa y lo cuadra; pero por más que se empina, no le llega al morrillo... ¡*Por vichalé!* El *indino* lo tiene más alto que el carro de Castilleja. En esto se oye una voz que le anima...

—¡Anda con él, Minuto, que es una mona!

Minuto se sube a una escalera de bombero y se tira a *matá*. Pero oye aldabonazos en la puerta de la calle y voces, muchas voces, que le llaman a gritó herido.

—¡Minuto, Minuto! ¡*Dispierta*, Minuto!

Y el hombre, más despierto que siete gallos en la aurora, se tira de la cama y sale al balcón en calzones blancos...

—¿Qué pasa?

Y la voz de Joaquín le contesta con *jindama* desde lo alto de una reja:

—¡Que se ha *escapao* un toro del *ensierro* y viene *pa* acá!...

—¡Chavó!

Minuto se abrocha un pantaloncillo y se calza unas zapatillas como las balas, y tal como está, en camiseta y con los pelos revueltos, cruza el patio, abre la cancela, desatranca la puerta y se persona como una saeta en el mismísimo compás de la Laguna.

¡Extraño espectáculo el que ven sus ojos! El vecindario, en paños menores, aparece aterido en balcones y azoteas... El sastre, el estanquero con su prole, Concha la molletera, el montañés y el niño del montañés... Todos adivinan el espectáculo insólito de una corrida de toros en la calle... La luna ríe con su carota llena...

—¡Ya viene, ya viene!...

Del esquinazo de Jimios surge Bonarillo. A punta de capote corre por derecho a un toro *ensabanao*, con dos pitones como las columnas de Hércules y dos ojos como dos *candelás*. Lo torca a la verónica, lo para y le dice a Minuto:

—¡Ahí lo tienes, Enrique!

Enrique levanta la cara y le dice al ama de cría de su niño, que asoma en el balcón entre tientos de clavetes:

—¡Echame la *espá* y la muleta, *mujé!*

La *mujé* entra, sale y le tira la espada, que a poco

descabella al espada. Pero la *confiscá* muleta no aparece ni a la de tres. Minuto se pone por las nubes, y la nodriza, con más *niervos* que una salamanquesa, se arranca el zagalejo y se lo tira a la cara...

Minuto se va *pa* el toro, *Espertasión*. Lo alegra y lo empapa. La gente aguanta el resuello. Y subiéndose mi niño en el bordillo de la acera *pa tomá* estatura, le *méte* un estocnazo en *mitá e la yema*. El toro, como un borracho, rueda, y cae lo mismito que un trom-



Francisco Bonar, Bonarillo

po en la última *reolina*. El ¡ole! de la calle llega hasta la luna.

\*\*\*

Pasa media hora. Minuto está *encamao* como *endenantes*. Las campanas de la *Girardá*, dando las tres de la *madrugá*, le suenan en el *sentío* como si las soñara. En el sopor del duermevela, la estampa del toro se le achica, se le achica en la *fantasia*, hasta el tamaño *menúo* del mosquito de marras... Entonces Minuto le dice al mosquito:

—¡*Malage!* ¿Te has *llegao* a *figurá* que me ibas a *está* picando *toa* la noche?

Porque lo grande —así me lo decía el pobre Minuto al día siguiente— es que aquel toro se llamaba... ¡Mosquito!

FEDERICO OLIVER



## DE TIEMPOS PASADOS

# DON ALFONSO XIII y GUERRITA

Por NATALIO RIVAS

De la Real Academia de la Historia

Conocí a este gran lidiador hace sesenta y dos años, cuando él contaba veintiuno y yo dieciocho. Fué en Granada donde por primera vez le vi torear formando parte de la cuadrilla de Fernando Gómez, el Gallo. Ya era yo un aficionado decidido, aunque todavía no tenía la preparación suficiente para juzgar con acierto el mérito de los lances, y, sin embargo, cuando le vi bregar con la capa y acometer y consumir la suerte de banderillas, quedé prendado de su estilo, de su elegancia y de su valor al llegar a la cabeza de las reses. Cursaba yo el último año de la carrera de Leyes, y, a pesar de carecer de personalidad, aquella noche, sin buscar quien me presentase, visité a Guerrita en el hotel donde se hospedaba y le mostré mi entusiasmo, que agradeció mucho. Así comenzó mi trato con el célebre diestro, que con el transcurso del tiempo se tornó en fraternal amistad, mantenida hasta su muerte.

De Guerrita tengo anotadas en mis apuntes tal cantidad de anécdotas interesantes y curiosas, todas auténticas, que serían bastantes para llenar un libro.

Hoy solamente voy a ocuparme de su relación con el rey.

En general, los toreros, desde que comenzó a ser la lidia una profesión, han mostrado gran adhesión hacia los monarcas españoles. Pedro Romero, Joaquín Rodríguez, Costillares, Jerónimo José Cándido y, sobre todos, el popularísimo José Delgado, Hillo, fueron entusiastas fervorosos de Carlos IV; y después Antonio Ruiz, el Sombrero, Juan Jiménez, el Morenillo, y Juan León, sintieron fanatismo por Fernando VII, no obstante ser unos absolutistas y otros constitucionales. Prueba de ello eran las pugnas que sostenían, rabiosas e intransigentes, sobre el régimen político; pero en ellas siempre quedaba a salvo la persona del rey.

En el reinado de Isabel II, Francisco Montes, Paquillo (1), José Redondo, Chiclanero, y singularmente Francisco Arjona, Cúchares, idolatraban a la soberana.

La amistad de Salva-

dor, Sánchez, Frascuelo, con don Alfonso XII era bien conocida, y fué tan fervoroso partidario, que se holgó mucho de ser sargento del batallón alfonsino, nombrado del aguardiente, que en los preparativos de la restauración mandaba el marqués de Bogaraya; y en cuanto a la de Luis Mazzantini, que nadie ignoraba, tuve yo curiosísimas noticias por el gran espada, que fué para mí un hermano.

Guerrita sintió cariño entrañable y adhesión incondicional hacia el último de nuestros reyes. Yo sabía por él que abrigaba tales sentimientos, y acabé de comprobarlo cuando mi inolvidable e íntimo amigo Sánchez Guerra se apartó de Palacio como protesta contra la dictadura del general Primo de Rivera. El famoso lidiador y el ilustre hombre pú-

blico, nacidos ambos en Córdoba, fueron condiscípulos en la escuela primaria y contrajeron un afecto cordialísimo que no sufrió eclipse alguno de importancia, pero que se debilitó en parte por la actitud política de Sánchez Guerra.

Siempre que yo iba a Córdoba, cuya capital he visitado con enorme frecuencia a lo largo de mi vida, la mitad del tiempo que allí permanecía lo pasaba en el Club Guerrita, en compañía de Rafael. En uno de mis viajes, en 1925, me dijo, en un momento que estuvimos solos: «Como sé que ves a Pepe todos los días —yo hablé diariamente con Sánchez Guerra los treinta y tres años últimos

de su vida—, le dices de mi parte que me tiene amargado su retirada de Palacio. Que ya sabe cuánto le quiero desde que éramos niños, pero si no se acerca a don Alfonso, le voy a estimar menos. Y tú, que tanto quieres al rey, ayúdame en esta faena.» Cumplí el encargo por complacerle, pero fué inútil, como yo suponía; y cuando la primera vez le vi y la manifesté la firmeza de Sánchez Guerra en no variar de conducta, le noté una gran tristeza. Y estoy seguro que su cariño al paisano sufrió una merma considerable.

El rey, que sabía bien la veneración que por él sentía el viejo matador, le correspondió muy sinceramente, y en una de las cacerías que tenían lugar en Moratalla, finca del marqués de Viana, deseando dar una prueba gráfica, hizo que uno de los cazadores que llevaba aparato fotográfico le retratara en actitud de abrazar a su fidelísimo amigo.

La fortuna ha querido que venga un ejemplar a mis manos; y como no sé si alguna vez se ha publicado, tengo mucha satisfacción en dárla a conocer.



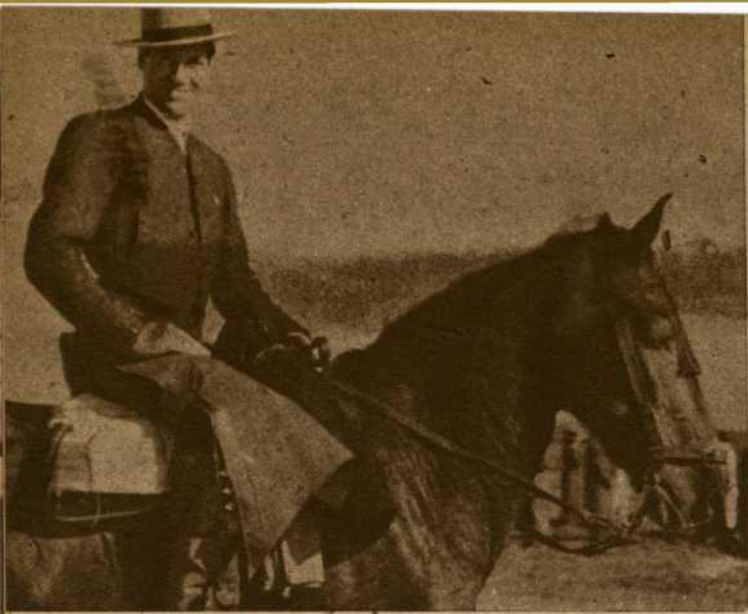
Alfonso XIII, que conocía la veneración que Guerrita sentía por él, en una cacería en «Moratalla», finca del marqués de Viana, hizo que uno de los cazadores le retratara en actitud de abrazar a su fidelísimo amigo

(1) Se llamó Paquillo y no Paquiro, porque así consta en las listas originales que poseo de la Escuela de Tauromaquia de Sevilla y en las cartas de Pedro Romero al conde de la Estrella, y que guardo en mi archivo, en las que le daba cuenta de los adelantos del aprovechado discípulo.



# LA TREMENDA VERDAD DE LOS TOROS

## COMO, CUANDO Y POR QUE MARIO CABRE



Mario Cabré, preparado para intervenir en una faena de acoso que se rueda en la película



Mercedes Borrull, Mario Cabré, Isabel de Pomés y Félix de Pomés, protagonistas de la película



Arriba: Mario Cabré, con Isabel de Pomés, y Mercedes Borrull. — Abajo: el torero catalán con Félix de Pomés



Interviú con el actor torero. — "El Centauro". — Diciembre con sol. — De los Estudios al cortijo. — Mientras se filman los exteriores

Y la bailaora y cantaora —en toda película de toros y toreros que «se estime» tiene que existir ese personaje— corre a cargo de la popularísima Mercedes Borrull, más conocida por el sobrenombre de «La gitana blanca». La dirección del film la lleva Antonio Guzmán Merino.

Y con estos antecedentes —que equivalen a las «generales de la ley» en los interrogatorios de las audiencias, «el pálpito del periodista», esa corazonada misteriosa que nunca falla en nuestra profesión—, nos lleva a interrogar a Mario Cabré, que en el preciso momento de la interviú se dispone a actuar como galán de la película en unos exteriores que se ruedan en el cortijo sevillano del ganadero Juan Guardiola.

Es un diciembre con sol. El claro cielo y la templada luz de Andalucía difrazan la estación cruda con clima benigno. Anchura de la dehesa, cortada por la plata retorcida de los olivares como despojos de gigantescos arneses guerreros después de una batalla. A lo lejos albea el caserío y el horizonte se puebla con mugidos de toros, con silbidos de mayores, con bultos negros y siluetas de garrochistas. Se empieza a rodar temprano. Desmenuzarse —complicadas piezas de rompecabezas— los exteriores. Al pie de los coches y mientras se instalan los equipos tomavistas, las cámaras de picos zancudos, que imitan a los pájaros de las marismas, hablamos con un Mario Cabré de traje corto, como le hemos visto en tantas tientos y entrenamientos, pero con la sorpresa de una cara maquillada de color ladrillo y no con esa lividez cetrina que caracteriza a todos los espadas en los ruedos.

—Dinos cuáles son tus impresiones como cineísta-torero...

Sonriendo cordialmente y disimulando con pericia su vago acento catalán, Cabré explica:

—Verás. Es la primera película que hago. Nunca había trabajado en el cine. Ni este arte ni el del teatro los encuentro fáciles; pero el toreo es otra cosa.

—Concreta y personalmente ¿por qué?

—Pues porque ni el teatro ni el cine me han quitado el sueño, me han desesperado ni han puesto lágrimas en mis ojos. Y el toreo ha logrado las tres cosas y más de una vez. Y eso que todavía espero muchas, muchas ocasiones.

—Explica más eso. ¿Quieres?

—Ser torero es mi verdadera personalidad, lo que siento de veras, lo que he de seguir siendo si Dios quiere. Lo interpreto como ley de mi destino. Por eso hago con verdadero amor mi papel en esta película, porque en ella...

—¿Quién eres?

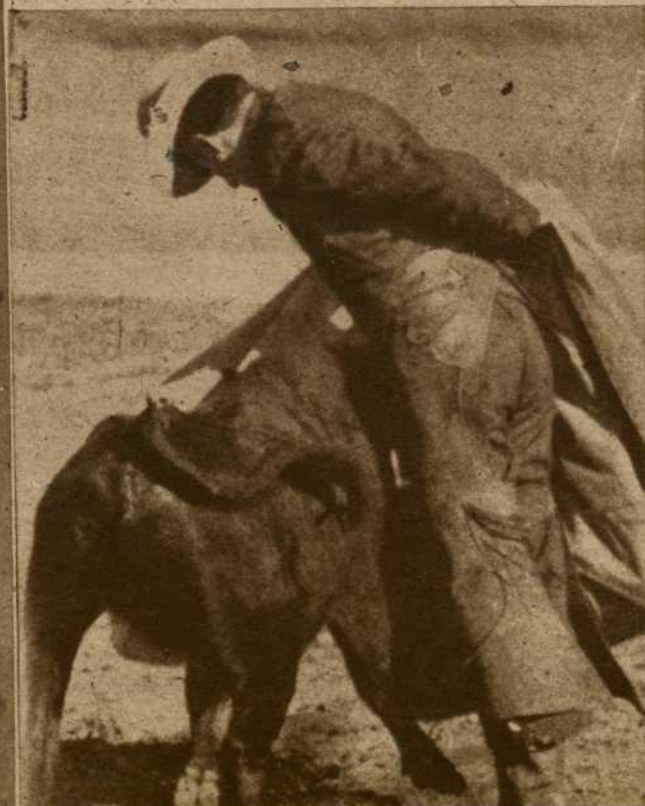
—Encarno el papel del hijo de un ganadero; pero tengo que torear, torear «de verdad».

—¿Y antes...?

—Antes y después, el cortijo, amores y amoríos, drama, pasión a la española. Ya te puedes imaginar. Pero no creas que dejo

UN día, Mario Cabré, el torero con otras vocaciones, además del arte que ya encierra esta arriesgada profesión, nos sorprende con sus aficiones intelectuales y publica sus versos de la lidia cargados de finas sensaciones, de ricas metáforas, de lujoso y moderno sentido romancista. Otro día encarna el protagonista de la inmortal obra de Zorrilla, *Don Juan Tenorio*, y obtiene en Valencia un encendido triunfo como actor y como recitador. Y por si fuera poco, recientemente nos ofrece una nueva proyección de su inquietud, dedicándose al cine. La película donde Mario Cabré, trasladando al falso mundo del celuloide la verdad de la vida, interpreta un papel de torero, se llama *El Centauro*. El protagonista de ese film es Félix de P. mé.. La dama de la película, Isabel de Pomés.

Mario Cabré torea a un becerro durante el rodaje de «El Centauro»





# SOBRE LA BELLA FICCION DEL CINE

## FUE COGIDO AL RODAR UNA PELICULA

Cabré escribe sus impresiones: Toros, literatura, cine, teatro... Una escena difícil.—Presentimiento.—La cogida

de encontrar analogías entre mi profesión y el arte de hacer películas. Anoto mis impresiones; estoy escribiendo un pequeño ensayo. Escucha.

Mario Cabré extrae del bolsillo de su chaquetilla un pequeño cuaderno y lee:

«El foco del Estudio es como el sol en la arena. El plató, el estadio de la Plaza.

Cuando llueve se suspenden las corridas, como en el rodaje de exteriores.

La emoción del artista se frena con la palabra «Corten!» del director, y los pitones hacen lo mismo en el momento más interesante.

Los electricistas del Estudio, en sus altos andamiajes, son algo así como el público de gradas.

No tener que repetir el rodaje de una escena equivale a una ovación.»

Levanta Cabré la mirada de sus apuntes. Clava en mí sus ojos brillantes y oscuros como para espiar el efecto que me han causado sus nuevos escarceos literarios y satisfeco del examen, prosigue:

—Y ahora, como también he trabajado en el teatro, escucha las diferencias que lo separan, a mi entender, de este arte del cine: «Director, sonido y cámara componen el triángulo que sujeta al artista. Pero el actor en escena es libre entre acción, voz y movimiento... El teatro es situación porque la facilita la continuidad, y el cine es tensión por la intermitencia del trabajo... La representación teatral busca la realidad abstracta, y la proyección del cine la imitación de la vida... Al actor que se enmienda y corrige en escena, lo abuchean, y el intérprete de cine que hace eso ante las cámaras, permite el rodaje de un plano mejor... En el teatro puedes escuchar los aplausos o los siseos desde el escenario, y en el cine sólo desde la butaca. Una postura más cómoda, pero menos directa para la recepción, la diferencia que va de intérprete a espectador... En la escena, el ensayo es lento y la representación rápida, al revés de lo que sucede ante las cámaras: corto el ensayo y fatigoso y repetido el rodaje.»

Suenan unos silbatos y circulan unas órdenes. Los ayudantes disponen la colocación de los figurantes. Las baterías de las cámaras están emplazadas. Y antes de separarnos, Mario Cabré, con un acento inusitadamente grave, como si presintiera lo que va a ocurrirle, me dice:

—Dentro de poco vamos a rodar en el cortijo la escena más importante de *El Centauro*. He de torear en una tienta, derribar por acoso. Y luego la protagonista, que como sabes es Isabel de Pomés, queda a merced de un toro de cuatro años. Yo, en ese momento, he de hacer un quite para salvar la vida de esta encantadora criatura y ceñirme bien y empapar al bicho y llevarlo lejos para alejar de ella la amenaza del peligro... En el plató, el torillo de la negra cámara, con el pitón mogón siempre en acecho, nos hace pasar ratillos malos. Pero este otro toro de cuatro años es mucho peor...



Y así fué. Cuando la escena antedicha se rodaba en el cortijo le Guardiola —diciembre con sol, claro cielo, templada luz de Andalucía—, y cuando los operadores tomaban la arriesgada escena, el toro, que no entiende de ficciones, amenazó demasiado a Isabel de Pomés. Mario Cabré sintió, sobre todo, su responsabilidad caballeresca de torero. Y, caballeresca, románticamente, no sólo ofreció su capote a la embestida de la negra fiera, sino también su cuerpo. El toro se revolvió, lo empitonó por un muslo. Por el pantalón rasgado brotó la sangre de la ancha herida. Y mientras los garrochistas hacían el quite, Cabré —que ahora convalece en una clínica sevillana—, sin perder su condición de cineísta, se sentía más torero que nunca.

**ALFREDO MARQUERIE**

El torero catalán, con el señor Guardiola, en cuya finca se ruedan los exteriores



Isabellta de Pomés y Mario Cabré en una escena de los interiores de «El Centauro»



Félix de Pomés, su hija y el diestro catalán, en un momento dramático de la película (Fots. Arenas)



Isabel de Pomés, Mercedes Borrull y Mario, en un descauso.—Abajo: una escena al aire libre de «El Centauro»







# JUAN BELMONTE

Breve bosquejo de la vida de un hombre extraordinario y famoso.

En Triana, el éxito de Juan colmó de júbilo a sus amigos. Calderón, por su parte, se pasó varios días pregonando de tertulia en tertulia las excelencias del novel espada.

—Ya me puedo morir tranquilo—decía el veterano banderillero—Triana t'ene ya su torero.

A Madr'd llegó también la noticia. La trajo el banderillero Alvaradito, que vino de Sevilla, deshaciéndose en elogios de Belmonte.

—¡Cómo torea el muchacho!... Con las manos bajas. ¡Pura escuela rondeña!

Durante unos días no se habló en el Café Inglés de otra cosa. El picador Mangas, Curro el Coche-ro, Rodríguez Vázquez, más conocido por «el hombre del puro», y otros aficionados más, continuaron la propaganda del hasta entonces desconocido Belmonte en otras peñas y tertulias madrileñas. Para ellos, era verdad de fe lo que Alvaradito decía, si además lo avalaba Calderón, aunque *La Correspondencia de España* lo pusiera en duda. Porque el famoso diario, firmado por su revistero—como se decía entonces—, Bonnat, había publicado lo siguiente: «En Sevilla se vuelve a echar las campanas a vuelo anunciando la aparición de un nuevo as de la torería. En Sevilla nos tienen acostumbrados a los madrileños a esas fáciles exaltaciones. ¿Un nuevo as es lo que nos anuncian? Vamos a esperar un poco por si en vez de un as se nos presenta en puerta la sota.»

## UN ENTRENADOR TENAZ

Después de este afortunado paso inicial, Calderón, a la vez que intensificaba la propaganda de su alumno, quiso también forzar su preparación. Un torero debía reunir—en opinión de Calderón—unas condiciones físicas superiores, y para ello nada mejor que una preparación continua y progresiva. Todas las mañanas, Calderón sacaba de la cama a Juan Belmonte y le llevaba a la cuesta de Castilleja, a correr y a preparar por los altozanos del Aljarafe. Juan soportaba en silencio la prueba, mientras pensaba en las horas de sueño que su tenaz entrenador le robaba cada día. Por aquellos días, el muchacho andaba metido en los amorosos y se retiraba a descansar vencida la madrugada. Para colmo de desdichas, Calderón se empeñaba en que su discípulo llevase en la mano derecha un bastón de hierro, para que no le fuese extraño después el peso de la muleta. Juan dejaba el bastón en todas partes, con la esperanza de que se perdiera; pero Calderón lo encontraba siempre...

Así pasaron los meses de aquel invierno de 1910... Cuando llegó la primavera del año siguiente, Belmonte pensó que había llegado la hora de probar fortuna de nuevo en la Maestranza. Y consiguió ver otra vez su nombre en los carteles. Fue en un espectáculo mixto. Dos bece-

rros de Lizaso para un tal Pacorro, y cuatro novillos de los del Papillo para Juan Belmonte y Otero.

## UNA TORMENTA EN LA MAESTRANZA

Pero aquello fué terrible. Los novillos del Papillo resultaron unos bueyes mansos, y Juan, que apenas si podía con el traje de luces, a causa del exceso de entrenamiento y de otros que no son del caso, vió cómo la fortuna le volvía la espalda. En el primero le dieron dos avisos y se ganó una bronca fenomenal. En el otro aun fué peor, porque después de correr tras el bicho un cuarto de hora, apenas si logró sacarle dos o tres pases sin gracia ni emoción. A la hora de matar estalló la tormenta.

—Yo me tiré sobre el morrillo del bicho—nos ha contado Juan Belmonte—como si me lanzara al mar... Pero el novillo derrotó y me enganchó. Estuve un buen rato bajo sus pezuñas, y cuando me levanté encontré a Calderón, que me entregaba otra espada, y me empujaba a intentar de nuevo la suerte.

Cuantas veces quiso Belmonte clavar el estoque, otras tantas fué tirado a tierra. El toro parecía cada vez más vivo. Uno tras otro sonaron tras avisos. Y cuando las puertas del chiquero se abrían para dar paso a los cabestros, Juan, desesperado, se hincó de rodillas a medio metro de los cuernos del bicho y comenzó a gritar:

—Anda, asesino, cógeme... Anda, máta-me...

Pero el novillo no le hizo caso y acabó por rendirse. El puntillero lo remató. Juan salió aquella tarde de la Maestranza desilusionado. Era como si en la arena dorada del ruedo hubiera enterrado todas sus esperanzas.

## EL TRIUNFO DE VALENCIA

Poco después de su fracaso, Juan se colocó en las obras de la Corta. Trabajó unos meses como jornalero, a la vista casi de las dehesas de Tablada, donde tantas noches desafió, con sus amigos, a los toros bravos bajo la luna. La primavera le trajo de nuevo su vieja ilusión. Y un buen día tomó el tren para Valencia, donde un amigo de Calderón, el empresario don Vicente Calvo, le había prometido ayudarle. Cuando Belmonte llegó a la ciudad del Turia se encontró con la amarga novedad de su eliminación del cartel. Don Vicente Calvo, al no tener segura la participación de Belmonte, había contratado ya a otro espada—Torerrito de Valencia—para lidiar con Vaquerito los seis novillos que componían la corrida de Castellón. No obstante, se llevó a Juan de sobresaliente, y quedó muy satisfecho de su labor. Tanto, que consiguió meterle en el cartel de una novillada económica que iba a celebrarse en Valencia el 26 de mayo. Belmonte se vió en grave apuro al tener que buscar un traje de luces. Nadie quería prestárselo, y tuvo que recurrir



Juan Belmonte, reunido con sus nueve hermanos en la playa de la Puntilla, a 1 Puerto de Santa María. En la foto, primer grupo que se hace Juan con la familia, aparecen Pepe y Manolo Belmonte.



La dueña de la tienda, donde se hospedaba Belmonte, entrega a éste la muleta al salir para la Plaza.



En Sevilla, acompañado de Pepe, presencia desde la barrera una corrida de toros.



Con los socios del Club Belmonte valenciano, Juan saborea la clásica paella valenciana que le obsequiaron.

Del fracaso al éxito.—Los triunfos de Valencia.—Ochenta pesetas por torear.—El ídolo del público.—Los primeros halagos de la fama.—Un gesto de Juan Belmonte.—Cuando el Guerra dijo: «Hay que darse prisa...»

a una guardarrropía de teatro. Cuando hizo el paseo.—al lado de Barquerito de Córdoba y Francisco Hernández España—, la gente no le tomó en serio. ¿Qué iba a quedar de aquel torerillo sin garbo, arrugado y triste, en cuanto saliera alguno de los seis «novillos» con más de treinta arrobas encerrados en los corrales? Pero la emoción se abrió camino y Juan triunfó en toda la línea. Un cronista lo calificó de «diamante en bruto». Otro, después de describir la facha del torero—se gasta una boca—decía— como para tragarse de un bostezo todos los miles de espectadores que caben en la Plaza—, escribía lo siguiente: «En mis veinte años de aficionado no he visto torear con la capa y con la muleta, de Lagartijo para abajo, a ningún torero de la manera que lo hace este chicuelo que se llama Juan Belmonte...» Y terminaba asegurando: «Si repite la faena de ayer tarde, se pondrá en los propios cuernos de la luna, y cobrará por matar toros en rico metal de oro y muy por encima de las cinco mil pesetas.» Pero Belmonte no cobró en aquella ocasión más que ochenta pesetas... y una cogida en la pantorrilla que le tuvo en cama casi un mes. Tan pronto como se puso bien, la Empresa le ofreció un puesto en otra novillada económica, y Juan aceptó. Cobró noventa pesetas, y el éxito aun fué mayor que en el día de su presentación. Siete días después—el 29 de junio de 1912— volvió a torear... Y como de Sevilla lo reclamaban, porque ya eran suficientemente conocidos sus triunfos, tomó el tren y se plantó en la ciudad de la Giralda. Antes de salir de Valencia le dijo a don Vicente Calvo: «Volveré convertido en un novillero de mil pesetas para arriba... Ya lo verá usted, don Vicente...»

## CONSAGRACION DEFINITIVA

Por aquellos días atravesaba la fiesta un momento de crisis. Ni Vicente Pastor, ni Machaquito, ni Bombita, ni el Gallo, conseguían llenar las Plazas. Ahí están las informaciones gráficas de *Blanco y Negro* que lo demuestran. La aparición de Joselito con su cuadrilla juvenil señaló el principio de la recuperación de la fiesta. En Sevilla, el «benjamín» de la dinastía de los Gallos había conseguido, el 23 de junio de aquel año, un éxito redondo. Don Criterio, bajo el título «Paso al gran artista», proclamaba los méritos incommensurables de José. Casi un mes después Belmonte, toreaba su primera novillada con picadores en Sevilla. Con él iban en el cartel Larrita, el mejor novillero de aquellos días, y Currito Posadas. Aquella tarde, Belmonte pisó el primer escalón de la fama. Los novillos del duque de Tovar dieron excelente juego. Y Juan realizó «su faena ideal». Una y otra vez hizo pasar a sus enemigos por donde quiso. Metido materialmente entre los cuernos, hizo cuanto había aprendido, en sus noches de aprendizaje, en Tablada. Al final, cuando entró a matar al toro que cerraba la lidia, resultó engan-

chado por el muslo. Aun no habían salido las mulillas cuando ya el público invadía la Plaza y se llevaba a su héroe camino de Triana. Cuando la multitud cruzó el puente, Belmonte era ya el ídolo de la afición. Al día siguiente no se hablaba en Sevilla de otra cosa. «Hoy por hoy, escribía en *El Liberal* Don Criterio, está Triana en alza.»

## UN GESTO DE JUAN

Apenas pudo Juan quedarse a solas con su gente, sin darle gran importancia a la cosa, anunció a su padre que sacaría del asilo a sus hermanos.

—Tengo—dijo—setenta duros. Cincuenta que me han dado por la corrida y veinte que me regaló don Francisco Herrera por el brindis...

—Mira—le interrumpió el «señor José»—que eso es poca luz, y vamos a volver a las andas.

—Es que tengo esperanza de ganar más... Quiero que disfruten con nosotros aunque sea una semana. Pa volverlos a encerrar siempre hay tiempo...

Y horas después, Belmonte, con su madrastra, recogieron uno a uno a todos los hermanos. Aquella noche se reunieron los nueve con el padre y la madre, y juntos festejaron con un banquete abundante el éxito de Juan. Y en la sobremesa se hicieron planes para lo futuro. Porque Belmonte estaba seguro de que los malos tiempos habían pasado definitivamente.

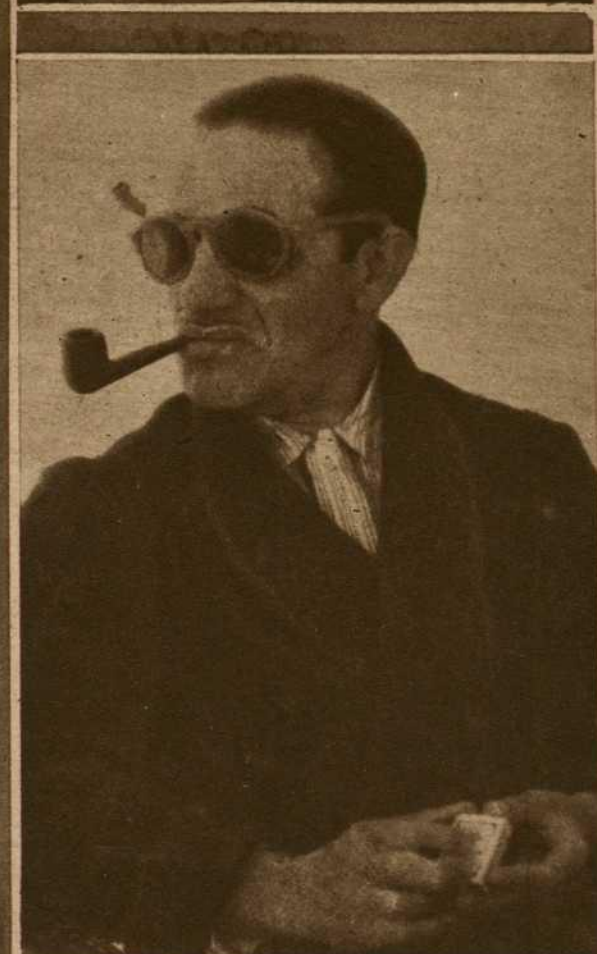
## LA POPULARIDAD

En los meses que aun quedaban de la temporada taurina, Belmonte toreó cuanto quiso. En Utrera, Sanlúcar, Morón, Higuera, Santaolalla, Ecija, Fregenal, Pilas, Cádiz, Ubeda, Cartagena, San Sebastián, Barcelona... En toda España comenzó a hablarse de Juan Belmonte. Una ola de popularidad, con todas sus ventajas e inconvenientes, acompañaba al diestro en sus correrías. En Sevilla no podía salir a la calle sin que la gente le señalase con el dedo. En Triana, cuando volvía a casa, siempre traía detrás una patulea de zangones boquiabiertos... Cuando salía con sus compañeros de cartel al campo de instrucción, los chiquillos seguían el paso de los soldados para ver de cerca a Juan...

Al finalizar la temporada, el nombre de Belmonte se ofrecía como la mejor atracción de los carteles del año próximo. Los aficionados que no le habían visto aun temían que un toro les privase de la ocasión de admirarlo. Porque los técnicos habían pronosticado que Juan era «carne de toro». Hasta Rafael Guerra lo había dicho:

—Hay que darse prisa pa verlo... porque el que no lo vea pronto, no lo verá.

FRANCISCO NARBONA





# La fiesta de toros y su ambiente en la pintura de JOAQUIN AGRASSOT



«Patio de la Plaza de Toros de Valencia, antes de la corrida», interesante cuadro de Joaquín Agrassot, que pintado en 1883, es una magnífica muestra de composición y colorido

ESTÁ para cumplir Joaquín Agrassot y Juan veinticinco años, cuando, ansioso de una vida artística que le permita realizar la obra tanto tiempo deseada, llega a Roma para incorporarse a una pléyade de jóvenes españoles pensionados que sueñan con la celebridad, el prestigio y la fama. Háce un lustro que sus estudios preliminares de dibujo se han completado con la práctica de la pintura en la Academia de Bellas Artes de San Carlos, de Valencia, y Agrassot, que se siente inclinado y seducido por las grandes obras maestras, herencia de una escuela clasicista incubada, no ya en el marco espléndido de la que fué Roma pagana, sino en la Italia maravillosa y deslumbrante de Miguel Ángel, «el Ticiano», Tintoretto y Veronés, abre sus ojos maravillados ante la magnificencia de tanta y tanta obra de arte que ha de influir notablemente en su producción pictórica. Y cuando sus pinceles corren con soltura insospechada sobre el blanco lienzo, en el que empieza a convertirse en realidad un concepto personal acusadísimo de arte, Agrassot conoce e intimida con Mariano Fortuny, que tanto había también de influir en su obra, y que, como él, trabaja a la sazón en Italia bajo el mismo sol mediterráneo que ilumina su lejana patria chica.

Corre el año 1864 cuando el pintor que nos ocupa envía sus más importantes cuadros a la Exposición de Madrid, algunos de los cuales merecen ser

adquiridos por el Estado. Y es curioso observar cómo sin desposeerse de la influencia que en Agrassot ejerce el ambiente artístico italiano que le rodea, va dominando en él, insensiblemente, el estilo y maneras, la técnica y procedimientos de Fortuny, de cuya escuela se halla Agrassot sugestionado. Tan seducido, que ya a lo largo de toda su producción pictórica quedará bien patente esta devoción admirativa por el maestro, afianzada en el transcurso del tiempo. A la Exposición Nacional de Madrid de 1868 concurre Agrassot con tres cuadros, entre ellos *Las dos amigas*, y cuando ya se ha saturado de arte en Roma y ha transcurrido lo mejor de su vida y de su juventud en la ciudad en la que tantos sueños y proyectos artísticos tuvo, visita Milán, Venecia, Trieste y Nápoles, Pisa y Sorrento, recreándose ante las riquezas artísticas que ellas guardan como herencia de un pasado fastuoso, mientras ponen fondo a sus entusiasmos viejas canciones lánguidas y soñadoras que, no sabe por qué, le recuerdan su lejana y querida España. Francia después e Inglaterra más tarde, le saturan de emociones, y cuando, ya cansado, busca cierta tranquilidad y sosiego para proseguir su labor creadora, Valencia, la segunda tierra de sus amores —ha nacido en Orihuela en la Nochebuena de 1836—, le acoge con la alegría desbordante y colorística de su ambiente. En ella acaba Agrassot sus días en enero de 1918, cuando en el Calendario de su existencia se marcan los ochenta

y dos años, todavía prometedores y ansiosos de nuevas creaciones artísticas.

Agrassot, como casi todos los pintores de su época, no pudo alejarse del tema taurino. Son los momentos en que la Fiesta Nacional se halla en todo su apogeo, y el pintor, que no desconoce lo atractivo del asunto, la afición de las gentes y el derroche de colores que predominan en el tema, se entrega sugestionado al mismo, deseoso tal vez de jugar con los fuertes contrastes de la paleta, siendo vencido por un asunto del que muy pocos pintores se independizaron. En 1883 pinta Agrassot el cuadro que ilustra esta plana, *Patio de la Plaza de Toros de Valencia, antes de la corrida*, en el que se aprecia una gama riquísima de colorido, una magnífica composición, un dominio perfecto para distribuir las figuras y cierta gracia en el conjunto general del lienzo que le hicieron agradable desde el primer momento. Junto a este cuadro, que el artista vendió a una galería de Viena, *Una manola componiendo la chaqueta de un torero*, completa los datos que sobre Agrassot tenemos como pintor del tema taurino. Con estos dos cuadros de inapreciable factura, Joaquín Agrassot y Juan vino a ocupar un puesto preeminente, legítimamente conseguido, en la lista de los artistas pintores que han cultivado con mayor o menor acierto el bellísimo tema de los toros, que es base y fundamento de esta revista.

MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS



# EL CRONISTA DE MADRID BONMATI DE CODECIDO

asiste todos los años a la tradicional corrida de Valdemorillo, primera de la temporada  
Es un espectador que cumple escrupulosamente con su deber



**L**A duquesa Cayetana, va y viene estos días por las páginas de los periódicos, traída a eso que llaman el primer plano de la actualidad por médicos, historia dores y literatos. Uno de estos últimos es Francisco Bonmatí de Codecido, a quien se debe

una insuperable biografía de la de Alba, en la que, por cierto, hay tres capítulos dedicados a los toros y los toreros de la época, ya que la duquesa era una gran aficionada a la fiesta. Hemos ido a casa de Bonmatí, y hemos subido las mismas escaleras por las que nos han precedido recientemente otros compañeros en la pregunta de cada momento. Bonmatí está en su despacho, bajó su propia mirada, que le vigila desde un cuadro magnífico que le acaba de hacer Sotomayor. Deja de corregir unas pruebas para saludarnos, y luego nos sentamos junto al brasero. No sabemos por qué será, pero todos los cronistas de Madrid —y Bonmatí es uno de los más brillantes— prefieren este modo castizo de templar la temperatura. Debe de ser por eso, por lo castizo.

—¿Usted también viene a preguntarme algo sobre Cayetana?

—No, señor. Yo vengo para que me hable usted de toros.

—¡Ah, menos mal! En esta semana me han hecho cuatro interviús sobre la duquesa, he escrito cinco artículos y he tenido que responder a numerosas consultas de personas directamente interesadas en el asunto, o simplemente de amigos, y aun de desconocidos, ganados todos por el interés público que ha despertado la misteriosa muerte de Cayetana. El que no venga a que hablemos de lo mismo, sino de toros, significa para mí un espléndido regalo. Precisamente ha llegado usted cuando corregía las pruebas de la estampa que dedico a Joselito y Belmonte en "Los inseparables".

—¿Novela taurina?

—No. Lo que ocurre es que mi afición a los toros se refleja en casi todos mis libros. En "Los inseparables" hay un poco de la historia del toreo en los tiempos de Terremoto y Gallito, y cuento en él la primera vez que torearon juntos en Madrid. En "Alfonso XIII y su época" también hay una parte taurina. Y por ahí, por los periódicos, han ido muchos artículos de toros, en los que he tocado numerosos aspectos, sobre todo históricos, de la fiesta. Yo me he ocupado de ella desde sus principios reales, reinando Ramiro I, el Monje, cuando el toro se lanceaba a caballo, ya que el toreo a pie no empieza, como usted sabe, hasta el siglo XVIII.

—¿Desde cuándo va a la Plaza?

—No lo sé. Desde siempre. Yo soy de Monóvar, del mismo pueblo que "Azorín", y la primera corrida la vi en Alicante, adonde me llevó mi padre con motivo de un viaje del rey. En Madrid estaba abonado en la Plaza vieja, y ahora lo estoy en la nueva, en la fila 5.<sup>a</sup> del tendido 9. Veo todas las corridas y las novilladas, y mi temporada de espectador empieza con el primer festejo del año que se celebra en Valdemorillo en invierno. Mi asistencia a esta corrida tradicional es también tradicional. Suelo verla desde el palco de los Esteban Hernández, amigos míos, y de quienes es siempre el ganado que se lidia. Es un espectáculo típico, que empieza con el encierre, a través de las calles, y termina en la corrida sin picadores. Me gusta ver los toros de cerca, porque mi afición es al toro. Por eso me agrarian también todas las faenas camperas. Pero pregunte, pregunte...

—Yo creo que no hace mucha falta.

—Esta afición al toro se la debo, en parte, al doctor Martínez Blanquet, y, en parte, a mi inclinación por Andalucía, a la que yo considero como el hecho diferencial de España. Madrid, Valencia, Barcelona..., se encuentran, con distintos nombres, en otras partes. Pero Sevilla o Córdoba, no. Mi chifladura, si quiere que la llamemos así, por Andalucía, me lleva a mi chifladura por los toros y a mi admiración por cuanto la fiesta tiene de peligro, de garabato, de emoción, de valor...

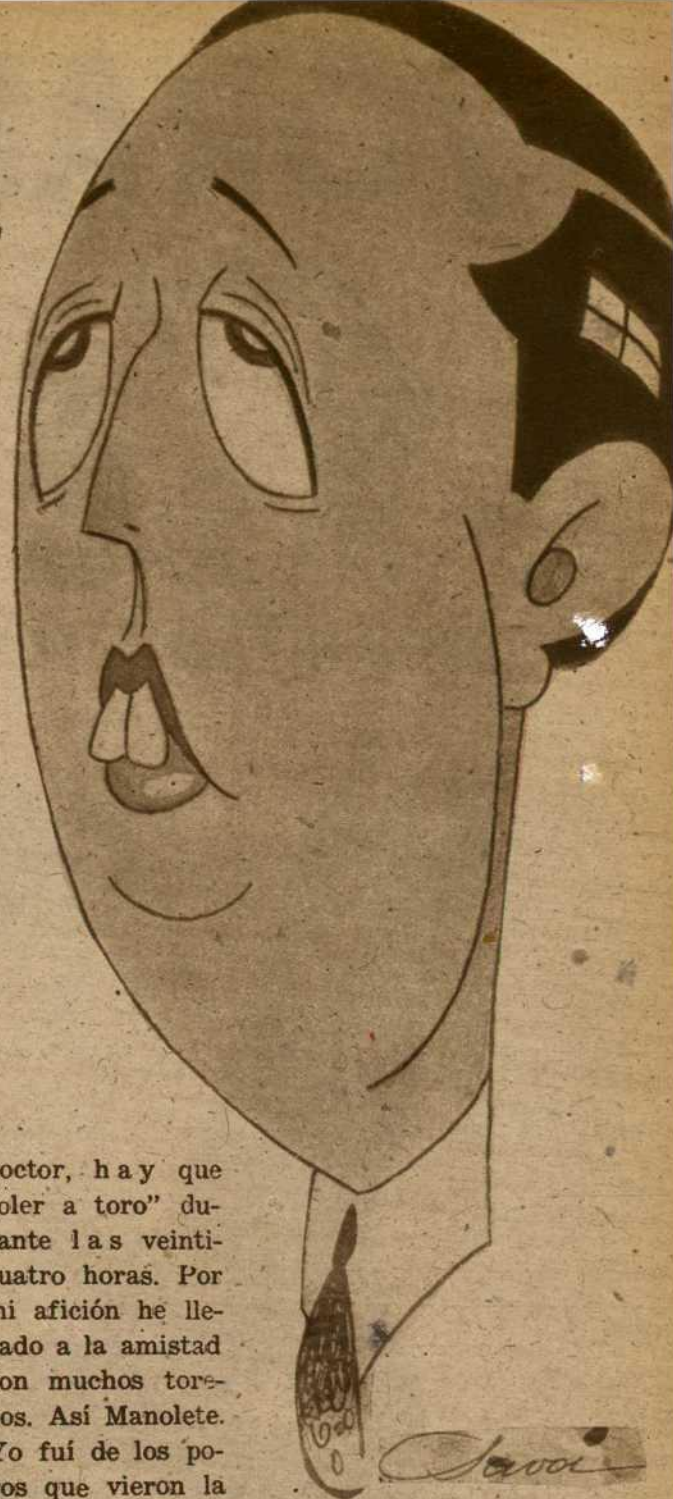
—Pero el toro...

—En el toro es la plástica, la lámina, la raza... Sí, me interesa más el toro que el torero. Desde luego, yo soy un espectador que cumple rigurosamente con su deber. Todo el día de corrida estoy dentro del ambiente. Un ambiente en el que, como dice mi amigo el

doctor, hay que "oler a toro" durante las veinticuatro horas. Por mi afición he llegado a la amistad con muchos toreros. Así Manolete. Yo fui de los pocos que vieron la cornada de Alicante. Por cierto que inmediatamente se tiraron cinco personas, de paisano, al ruedo para salvarle. Una de ellas, claro, Camará; otra, me parece que era el padre de Parrita. Arruza se portó, en aquella ocasión, con Manolo como un gran amigo y compañero. Manolete, en mi opinión, ha sabido coger lo bueno de todas las épocas y dejar lo malo. Otros amigos míos son Albáicín, Curro Caro, Ortega, Valencia III...

—¿Cómo ve el momento taurino actual?

—Es muy difícil lograr, en lo que respecta al toro, lo que desea el público en general: que embista y que tenga arrobas. El animal, al engordar, pierde ligereza, y a la segunda vara se queda aplomado, imposible para esa faena de filigrana que ahora se exige siempre. Esto no quiere decir que me decida por el toro-cabra o por el choto, no. Pero conviene dejar las cosas, o los pesos, en su punto. Hay, creo yo, un desconocimiento general en lo referente al toro; un desconocimiento que cae fuera de lo conveniente y que nos lleva a lo caótico. En los toros está sobrando la ignorancia de la mayoría, y, en cambio, no estaría demás un poco de amor a la fiesta en personas vinculadas a ella: empresarios, ganaderos...





# ¡GRAN CONCURSO!

COÑAC

# CENTURION

ORGANIZADO POR LA CASA PALOMINO & VERGARA-JEREZ



## BASES

1.ª Los concursantes deberán contestar las dos preguntas siguientes:

a) La etiqueta de la botella aquí reproducida tiene cinco errores si se compara con la que lleva cada botella de coñac «CENTURION». ¿Cuáles son dichos errores? b) La calidad del coñac «CENTURION» se define con tres palabras, cuyas primeras letras son: AR., EX., SU. ¿Cuáles son las palabras completas? En sobre lacrado, que obra en poder del Notario don Pedro Avila Alvarez, San Cristóbal, 18, Jerez, se halla el dibujo con los errores y las tres palabras completas.

2.ª Las contestaciones, en las que se hará constar nombre, domicilio y localidad del concursante, deberán ser dirigidas desde esta fecha, hasta el 31 de diciembre, a la casa central, Jerez de la Frontera, Apartado 1, ó bien a cualquiera de sus sucursales en Madrid, Marqués de Cubas, 18. Barcelona, paseo del general Mola, 44. Bilbao, Bidevarrieta, 1. Oviedo, Uría, 12. Zaragoza, avenida Marina Moreno, 31. Algemés (Valencia), Montaña, número 71.

3.ª Todos los sobres de las contestaciones deben llevar la indicación «Para el concurso coñac «CENTURION»». Las contestaciones cuyos sobres no reúnan dicho requisito serán rotas y no entrarán en el concurso.

4.ª Si las dos preguntas son contestadas exactamente por más de un concursante, ante el Notario mencionado se efectuará el sorteo de los premios entre aquellos que hayan acertado. De no haber ninguna solución exacta, los premios serán sorteados entre todos los concursantes.

5.ª Para este concurso, cuyo resultado se dará a conocer desde el 10 hasta el 25 del próximo enero, se establecen los siguientes premios:

1.º **5.000 Pesetas**

2.º **2.000 Pesetas**

10 terceros premios de una caja surtida de productos Palomino y Vergara

# PALOMINO & VERGARA

LA MARCA DE LOS BUENOS CATADORES  
JEREZ DE LA FRONTERA

GISBERT. Arenal, 1 (Puerta del Sol)





Jaime Noain en la actualidad

Las luchas Jossilto-Belmonte eran tema para el aficionado. Los dos colosos de la tauromaquia mantenían, con sus hazañas, esta gran rivalidad. Ellos, con su arte soberano, influían en esa juventud que, deseosa de triunfos, aspiraba a ser figura. Aquel duelo era siembra del futuro. Por todas las provincias surgían muchachitos valientes, dotados de ambiciones. Y en cada ruido saltaba a la arena el aspirante a ser uno más en el escalafón.

Bilbao, por su ambiente, no era lo más apropiado a descubrir figuras. Aquí afán de llegar, en determinados muchachos, no encontraba apoyo por ninguna parte. Y, sin embargo, luchando contra todo, Jaime Noain puso a prueba esa gran afición.

Ambiente frío. Sin apoyo alguno, y como único aliciente, en Gallarta, la gran plazuela con sus tres pilares, bajo un cielo cargado de nubes.

Jaime Noain, con su empleo en la Casa Echevarría, sentía nostalgia. Su temperamento era otro. Siempre que se iniciaba la conversación sobre los toros intentaba opinar, llevado de esa ilusión que obraría en el futuro de su carrera.

Jaime Noain ha sido una figura. Más o menos pinturera, porque él concebía el arte a fuerza de valor. Por el ambiente, distinto a todas las regiones de España, se formó en esa escuela que hemos dado en denominar recia, de extremado valor, apartándose del pintoresquismo. Eso ha sido el diestro de Gallarta a través de los veintiséis años de vida taurina.

—Vivíamos en la calle Marzana. Mis padres, opuestos tenazmente a que fuera torero, apelaban a todos los medios para variar mis ilusiones.

En aquellos ratos de recapitación, bajo los coches, Noain se entregaba a un sueño profundo... La fiesta de los toros era para el bilbaíno algo primordial. Lo que podía brindarle un porvenir más amplio, sin esas luchas del taller. ¡Pero sus padres no lo comprendían!...

La afición no se improvisa. Nació con el hombre... y Noain estaba dotado de ese don especial que cambia el rumbo de muchas vidas. Primero, espectador, muy chiquillo, aún desoyendo consejos paternos. Luego, lanzándose a los ruedos, única forma de darse a conocer.

Capeas, tentaderos de vaquillas... La gran lucha con el arte, que sirve de formación. Así es como dió principio Noain a su carrera artística.

El 26 de agosto de 1919, en Ceniceros, Dos buenos aficionados apoyaron las pretensiones del vasco, y pidiendo la cuenta en el lugar de trabajo inició su terrible lucha. Su vida taurina, que colmaría ilusiones prematuras.

—Temblaba de pánico. El alcalde, con gran acierto, mandó parar la fiesta y la vaquilla no salió de los corrales. Por fortuna para mí... porque tenía una misión delicadísima: hacer el Tancido...

Noain hace el relato, con gran emoción, de esta primera tarde.

Y tras este primer intento, el temor al retorno a la casa de los padres. Era mucho el respeto que le imponía la severidad de quien era freno a todo lo que él pretendía.

Corría el año 1920. La fiesta de San Pedro es motivo de alegría en muchos pueblos de España.

## ANUNCIO DE RETIRADA

# JAIME NOAIN

## luchó abiertamente contra su familia para ser torero

### De mecánico de coches en Gallarta a figura de la torería

Noain se sentía firme y fué a Laguardia, pueblecito de Alava, donde se destapó como fenómeno.

El triunfo le sonrió esa tarde. Y el becerro que le tocó en suerte fué el descubrimiento de quien más tarde sería figura.

Por el apoyo incondicional de un aficionado y persona de gran influencia: "Tú serás torero, chaval..."

Y me llevó al Campamento de los exploradores, de donde era jefe. Aquella acogida fué mi decisión.

—¿Y se lanzó definitivamente?

—Quería demostrar a mi padre que yo ganaba dinero con la nueva profesión. Y con los catorce duros, recogidos en el "guante", convencí a la familia.

Noain, hoy bien situado y a punto de decir adiós a la fiesta, recuerda estos principios inolvidables para él, porque esa lucha no se mantiene más que a los dieciséis años.

Estos contaba por entonces el novillero de Gallarta.

#### EL PRIMER NOVILLO QUE MATE

En la carrera taurina, lo que no se olvida nunca es el primer bicho estoqueado. Noain, como todos sus compañeros de profesión, tiene en la memoria fijamente aquel novillo que mató por vez primera.

—¿Cómo fué?

—Por cogida del espada. Figuraba como sobrasaliente. Y la ilusión al hacer el paseillo se truncó, al verme solo en el ruedo. ¡Tenía que actuar!... Salí bien del apuro. Y el triunfo me dió ánimo para continuar.

—¿Este fué su principio?

—Realmente, el comienzo parte de una tarde en que toreaba Villalta en el coso bilbaíno. Pedí permiso al mozo de espadas, a fin de que no entorpecieran mi deseo, ¡y me tiré! Único camino para darme a conocer. Y aquellos cinco minutos toreando, ante la natural expectación, me compensó de la noche que pasé detenido. Por cierto, que al ponerme en libertad, me exigieron presentarme todos los domingos. Y ante la imposibilidad de lanzarme al ruedo, marché a Barcelona.

#### EN MI CASA NO SE PODÍA HABLAR DE TOROS

Jaime Noain no encontró el halago de los suyos. Lo que es primordial para marchar por el áspero camino de tan arriesgada profesión.

Todo fué contrariedad y entorpecimiento. Sus pa-



Durante su vida profesional, Noain en una tarde de triunfo



El torero vasco con el traje de luces

dres le prohibían hasta hablar de toros. Y esa alegría que se experimenta ante un triunfo, recibía una fría acogida por parte de los suyos.

—¡En mi casa no se podía hablar de toros!... Esto le dará idea de las dificultades que tuve que vencer.

A los cuarenta y tres años de edad, Jaime Noain, matador de toros desde el 17 de agosto de 1931, que tomó la alternativa de manos de Nicanor Villalta, anuncia su retirada.

La edad, su posición económica y la lucha actual han influido en ello.

La noticia, ya publicada en los diarios, ha motivado este reportaje. Una figura que se va. Pero antes estoquiará diez o doce corridas para despedirse definitivamente.

—No puedo irme sin vestir el traje de luces... Y comprenderá que no busco con ello un beneficio económico.

—¿Qué influyó sobre usted para tal decisión?

—Por encima de todo, el estado actual de la fiesta. A mí, por ser parte integrante de ella, me está vedado enjuiciarla con la frialdad del aficionado. Ahora, que está más difícil que nunca, por esas innovaciones que llegaron en la última temporada. Mejicanos y españoles, con nuevos modos y estilos dispares a los de mi época, ejercieron suma influencia en nuestro apartamiento. Y recapitando, decidí retirarme.

—¿Siguiendo en contacto con los toros?

—No creo. Soy enemigo de tertulias y procuro siempre eludir el tema. ¡Si oyera a muchos aficionados de hoy enjuiciar a los toreros!...

Hoy, Jaime Noain, casi apartado de los toros, dedica todo el tiempo al futuro. Los negocios, nueva etapa de su vida, lo absorben en este invierno, que dará un nuevo rumbo a sus actividades.

Ahora piensa en esas corridas de despedida. Por los principales ruedos... Madrid, Valencia, Barcelona, Bilbao, Zaragoza.

Única forma de saciar la afición que aun mantiene.

El diestro de Gallarta guarda recuerdos. Todos gratos, inolvidables para quien ha vivido instantes de enorme emoción. Jaime Noain, valiente mulatero y fácil estoqueador, no fué nunca freno a carteles difíciles.

Es de los que mataban seis toros con idéntica despreocupación que el aficionado se sienta en el tendido.

Bilbao, Zaragoza, Madrid, han sido escenarios de sus éxitos. En los coscos de estas Plazas figuró como único espada, y su mayor triunfo lo alcanzó en la Plaza bilbaína cortando orejas a cinco toros.

Una historia larga a través de veintiséis años de torero. Jaime Noain ha viajado por América formando pareja con Domingo Ortega. Y sus quince corridas en una sola temporada por las Plazas extranjeras es símbolo de triunfo.

—Me he defendido siempre con dignidad. Es la satisfacción mayor que experimento al despedirme.

Este fué el comentario del diestro bilbaíno en el final de la conversación.

Rodado de sus hijos, que también influyen en el abandono de tan arriesgada lucha. Abrazado a ellos nos describió aquella porfía que sostuvo con los toros.

¡El toro! ¡El aficionado!

Tema eterno de estas notas invernales.

JOSE CARRASCO



# ABARATAMIENTO Y EXCLUSIVAS

Las cosas, más o menos, han sucedido bajo la siguiente cronología aproximada. Lo primero son las reuniones de fuerzas «vivas» o los rumores de ellas, que ya comentamos en el artículo anterior. Paralelamente, en los que nos ocupamos de los asuntos taurinos con un criterio no conformista, se manifiesta la necesidad de comentar, como apostilla de la finada temporada, que el punto máximo de interés de la fiesta taurina se halla hoy en intentar atajar una carrera desenfrenada de precios. Ya está bien que la afición pierda a dos paños, al de la carestía y al de la ausencia del ganado digno. Ya está bien que de enero a enero, el dinero sea del banquero motor y promotor de la especulación taurina y que, como única ganancia, quede el aforismo de que «se torea mejor que nunca», bastante discutible por lo demás. Aun convencidos de la poca o ninguna eficacia de los escritos, mientras la afición se vuelque en las taquillas y los organismos de autoridad no afronten el problema como una variedad más de la inflación, he aquí que un grupito comenzamos a escribirlo, y; al mismo tiempo, concretamente, el día 5 del mes presente, Carlos Arruza embarca para América. Carlos Arruza es un portentoso caso de asimilación, por como en temporada y media se ha asimilado el toreo nacional, frente al toro, frente a su tamaño y frente a la organización económica de la fiesta. En dieciocho meses se ha puesto en cabeza de todo.

Raimundo Blanco, el simpático corresponsal de estas publicaciones, transmitió el primero la noticia, que es un buen éxito desde el punto de vista periodístico. A unos pasos de la borda del barco que se lleva al mejicano, transmite una noticia que, por asombrosa, pusimos en cuarentena por si de globo sonda se trataba.

Los señores Alegre y Luchades, empresarios de la Plaza de Valencia, se quedan con la exclusiva de las actuaciones del mejicano en la próxima temporada. Se garantizan cincuenta corridas y seis millones de pesetas como retribución. Los honorarios de cada corrida salen en ciento veinte mil pesetas limpias. La noticia ronda unos días



ANTONIO CASERO

fabulosamente el aire asombrado de las tertulias. Hay quien dice que no son seis, sino ocho, los millones ofrecidos por la misma cifra de actuaciones, aunque esto parece que se debe sólo a la exageración que sufren las cantidades al correr de boca en boca. Bien están los seis millones, ni tal cantidad necesita de exageración para parecer monstruosa. La noticia se confirma desde Valencia con fecha 14. El señor Puchades no da cifras, pero confirma la exclusiva, el número de corridas y otros detalles del «negocio» que comentaremos en párrafos aparte. Y la cosa ya está rodando, con muchas probabilidades de que sea la pauta de la temporada del año que viene. La noticia confirmatoria añade que no sería extraño que este procedimiento fuese seguido por otra figura primera del toreo español, dadas las buenas relaciones que entre el uno y el otro —léanse Manolete y Arruza— existen y entre sus apoderados también. Lo que efectivamente no tiene nada de extraño, sino mucho de probable, es que Manolete no perciba un céntimo menos. He aquí el abarataamiento que se presenta como inminente.

Pero aun hay más, señores, como se decía en la oratoria inmediatamente precedente a nuestra época. La cifra de ciento veinte mil pesetas por corrida, quince veces mayor de la que cobraban Joselito y Belmonte por actuar con el mejor arte que se ha visto en las Plazas, y que por lo que pude yo entrar y alcanzar, no se supera actualmente, sino que en todo caso se diversifica con mejoría y empeoramiento por sectores, esa cifra no va a ser máxima, sino mínima. Y ahora, oído a la caja: la limitación voluntaria de corridas no obedece a otros motivos que a los de no actuar sino en las Plazas de toros cuyo aforo garantiza, aun a fuerza de la máxima extorsión, unos precios de fábula; nótese cómo tras la limitación voluntaria de actuaciones es paralela al encarecimiento y su ve-

hículo es la exclusiva. Tras este paréntesis volvemos a afirmar que los veinticuatro mil duros van a ser el precio mínimo, porque en la misma noticia primitiva de Raimundo Blanco y en su confirmación valenciana se dejan aparte las Plazas de Madrid, Barcelona y Sevilla. Esto era lo pintoresco del caso y mucho más las razones que se aducían para justificarlo. La única verdad de dejar fuera esas Plazas es la de cobrar en ellas muy por encima de la cantidad señalada. Porque ya es sabido que Manolete y Arruza han cobrado en Madrid y Barcelona, y en esta temporada, honorarios de ciento cincuenta mil. Pero lo

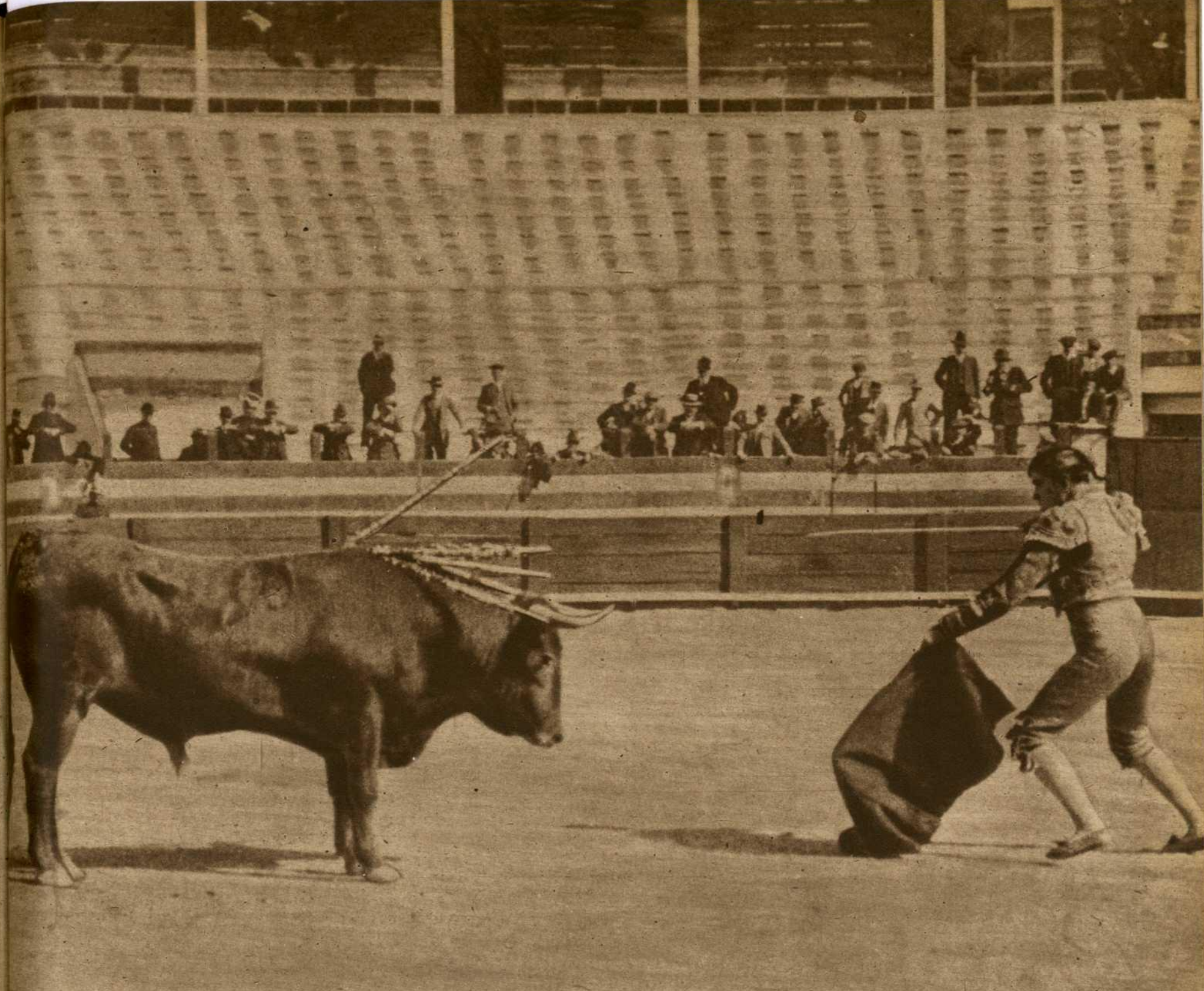
pintoresco está en decir que en el convenio Puchades-Arruza quedan fuera esas Plazas «en señal de consideración al aficionado», y a renglón seguido se confirma que Arruza actuará en dos corridas en cada una de esas Plazas, «con carácter benéfico». No hay más remedio que reconocer el carácter benéfico; pero también el que los beneficiarios serán Arruza y Puchades. Del beneficio de la afición y de las señales de consideración a ella hay que reírse por todo un Carnaval divertido.

Bien, bien; por caminos de baratura ardamos. Ochenta y cinco mil pesetas cobró Manolete en la corrida de la Prensa de 1944. Treinta mil duros iba a cobrar en la del 45, y todavía no cobraba ciento veinte mil pesetas por la corrida de aquí y de allá, fuera de Madrid, Barcelona y Sevilla! Porque menos que Arruza no irá a cobrar en la temporada que llega. Creo que ya podemos dar por encarecida la fiesta de toros en un treinta o cuarenta por ciento, querido compañero «Reorte», de Valencia; escasa satisfacción, como resultado de la magnífica campaña contra el encarecimiento taurino, debe ser ver entronizarse la primera cotización la bolsa taurina de 1946 a unas cuantas calles más allá de donde se escribe. Pero nada se pierde con seguir clamando por algo que ponga remedio a ello, y en este sentido, unas pocas plumas, amigo «Recorte», podemos descansar tranquilas. Otros son los equivocados y otros son los que se aprovechan de la equivocación general para organizar el estraperlo en las Plazas.

EL CACHETERO







**ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS**

**LOS LLENOS EN LOS TOROS**

**H**OY es esta fotografía aleccionadora la que vuelve a dar su cara a la actualidad, desde nuestra acostumbrada página.

Es de aquellos tiempos en que Gaona alternaba con figuras que ya habían ganado un puesto en el escalafón de la historia de la tauromaquia. Eran tiempos en los que se cotizaba el pundonor y los toreros salían a dar cuanto tenían dentro, sin arriesgarles el tamaño de sus enemigos ni la longitud y abertura de los pitones. Si la tarde se había mostrado adversa, el espada ocultaba su fracaso en el cuarto del hotel, porque, consciente de su responsabilidad y sobrado de dignidad, no tenía valor para pasear su garbo, de traje corto, por las calles, y mucho menos por las peñas donde se reúne la gente del toro.

Era en aquellos días en que los empresarios tenían afición y —sin menospreciar el negocio— luchaban por conservar una tradición y mantener el prestigio de la fiesta, aun a trueque, en muchos casos, de perder su dinero, sin ocurrírseles recurrir a certificados médicos que justificasen la suspensión del festejo.

De entonces es la fotografía que nos ocupa, en la que Rodolfo Gaona, aquella gran figura del terejo mejicano, se está perfilando para entrar a matar ante una plaza desolada, en la que apenas si manchan la blancura del tendido unos puntos negros situados en la barrera y que son los catorce espectadores —sin contar los críticos— que han pasado por la taquilla para ver la corrida.

¡Qué distintas eran las cosas entonces! Hoy en cualquier festival las plazas se ven abarrotadas.

Y si se trata de corrida o novillada no importa el cartel para que las entradas haya que buscarlas con recomendación. Eso sí, después se hablan pestes de lo que ha pasado en el coso y se jura no volver más. Se comenta en el café con verdadero furor los despenaderos por donde va cayendo la fiesta, se habla de cualquier torero de hace años —no importa el nombre, porque en el recuerdo todos son buenos—, y al final —ya viernes o sábado— vuelven a la lucha por conseguir entradas para la próxima corrida.

¿Quiénes componen el cartel? No importa. El caso es ir a los toros, llenar un hueco en el día de fiesta que se abre en blanco.

Por eso nos importa hoy dar esta aleccionadora fotografía, en la que Gaona —nombre ilustre entre los coletudos de todos los tiempos— se perfila para matar ante una reducidísima concurrencia de aficionados de verdad.

Que, al fin y al cabo, no es más numerosa que la que en la actualidad sabe de toros, aunque se encuentre rodeada de espectadores por todas partes.





## HISTORIAS PINTORESCAS DE TOREROS

### JOSE MEDIAVILLA fué de seminarista a torero y de torero a político y profesor

#### De cómo un toro de Clairac pudo hacer un catedrático de francés



Luis Mazzantini

y a través de qué sucesivos avatares se verificó esta notable transformación. Allí por el año de 1870 vino al mundo nuestro biografiado en un pueblo de la provincia de Alicante.

Terminada la educación primaria del niño, su familia decidió hacerle sacerdote. Y el Seminario fué Pepito Mediavilla. Pero como bajo la sotanilla del seminarista palpita un corazón audaz en el que florecían mejor las rojas amapolas de la rebeldía que las humildes violetas de las virtudes místicas, fueron tantas y de tal calidad las anécdotas a que su permanencia en el Seminario dió ocasión, que antes de que llegara a ordenarse de Menores, hubieron de transigir en su casa con que colgase los hábitos.

El padre, hombre «chupado a la antigua», transigió, pero no perdonó, y le hizo a su vástago el siguiente breve y sustancioso discurso:

—Te has salido con la tuya. No serás cura, puesto que no quieres serlo; pero tú verás lo que vas a ser y cómo resuelves tu problema personal. Empieza para ello la misma energía que has empleado para salir del Seminario y, desde luego, no cuentes con mi ayuda. Tú encontraras ingrata la profesión sacerdotal; yo encuentro muy desagradable la de padre que ha de subvenir a las necesidades de un hijo sinvergüenza y holgazán. Conque ¡largo y a buscarte la vida como puedas!

Perdonado por su padre, traba nueva relación con los libros. Se doctora en Filosofía y Letras y gana unas oposiciones a Cátedras. El flamante, catedrático tiene una novia en Madrid, apasionada por la fiesta nacional, que habla de los lidiadores con admiración y no disimulado entusiasmo. Mediavilla va un día a los toros con unos amigos y sale de la fiesta decidido a ser torero.

Una carta de recomendación para don Luis Mazzantini, entonces en el apogeo de su fama. La entrevista no fué nada cordial. Trató el torero de disuadir al doctor en Filosofía de su absurdo propósito y le negó su apoyo para aquella empresa descabellada. Objetaba Mazzantini; replicaba vivamente Mediavilla, y no se ponían de acuerdo. Puso término a la discusión el recién nombrado catedrático de Figueras diciendo a Mazzantini:

—Pero señor, ¿usted no es torero?

—Sí.

—Pues entonces, ¿por qué no puedo serlo yo?—y salió pegando un violento portazo.

Se fué desde allí a ver al empresario de la Plaza de Carabanchel Bajo, don Francisco Romero. Este vió en su visitante a un hombre decidido y vió el buen negocio que podía hacer con una gran tréclame a base de la condición de catedrático del debutante, y le firmó una corrida de prueba alternando con Punteret Chico, corrida que se celebró el 22 de agosto de 1897.

Después de firmar el contrato, cayó en la cuenta Mediavilla de que no tenía la menor idea de la profesión que iba a emprender. Para obviar este «pequeño inconveniente», pidió a un torero retirado unas lecciones, y éste, con el concurso de un muchacho, que armado con dos navajas hacía de «teroz astado», y tomando un solar como «campo de entrenamiento», preparó a su discípulo para que, cuatro días más tarde justamente, se presentara al público.

El crítico taurino de *El Imparcial* dijo de aquella corrida lo que sigue:

«Mediavilla, que ya había metido el capote con no mal arte en el toro de su compañero, lanceó con tanta seguridad al suyo, que los aplausos comenzaron a arrullarle. Estos, sin embargo, cuando subieron de punto fué al verle llegarse al toro, que era grandote y receloso —cómo sería, cuando en aquella época les parecía grandote!—, y trastearle de muleta con el desahogo de un torero muy acostumbrado a verse delante de los pitones. Tras esto entró a herir desde corto y con rectitud, dejando primero un pinchazo alto y luego media estocada, tan bien puesta, que el toro se acostó en seguida, lo cual valió al novel diestro muchas palmas, no pocos tabacos y la contrata para actuar en la misma Plaza los domingos 29 de agosto, 5, 12 y 19 de septiembre.»

A partir de su afortunado debut inicia Mediavilla una carrera triunfal en que contratos y éxitos se suceden sin interrupción. Torea en toda España, alternando con los toreros más en boga, tales como Valentín Conde, Potoco, Andrés del Campo, Dominguín, Mazzantini, Vicente Pastor, Bomarillo, Calerito... Gusta el sabor de las ovaciones de los públicos enardecidos, triunfa... Y un día disfruta de un sabroso desquite; tiene una buena tarte: mata soberbiamente un toro a volapié, y al volverse para corresponder a los aplausos que premian su faena, descubre en una barrera a don Luis Mazzantini, que también le aplaude. Mediavilla se dirige a él:

—¿Podré yo ser torero, maestro?

El 15 de agosto de 1901 toreó Mediavilla en Madrid, alternando con Potoco, una corrida de Clairac dura y con mucho nervio. Aquella mañana misma le predijo una gitana que tendría una desgracia, y por la tarde se cumplió la predicción. Al entrar a matar su primer toro, éste le prendió por el pecho, infrándole una terrible cornada de dieciséis centímetros de extensión, con grandes desgarramientos. Y allí acabó el torero Mediavilla. Aun toreó durante algún tiempo más, pero no podía. El pulmón que le atravesó el cuerno del toro no funcionaba normalmente; no podía correr; se ahogaba... El ídolo roto recordó entonces que era doctor en Filosofía y Letras y se hizo archivero bibliotecario. Luego otras oposiciones le dieron la cátedra del Instituto de Cuenca. He aquí cómo un toro de Clairac —al imposibilitar a Mediavilla para seguir siendo torero— hizo un catedrático de francés

JOSE SIMON VALDIVIELSO

## FISONOMIA Y CARACTER DE LOS COSOS TAURINOS

### En España hay una plaza de toros a la que se entra por el tejado El "tendido de los sastres" y otros detalles pintorescos

Con motivo de un reciente viaje que he tenido que hacer a la histórica ciudad de Tarifa, he visto la plaza de toros más curiosa del mundo. Es la de dicha localidad, y su originalidad consiste en que para entrar a las diversas localidades, como para el acceso al ruedo y dependencias, hay que pasar por el tejado. ¿Que no comprenden ustedes cómo es esto? Pues es muy sencillo. La plaza se hizo aprovechando un foso, una profundidad en el terreno, y queda como un embudo. La entrada es por arriba, y desde las andanadas o localidades altas se pasa a las bajas, hasta llegar a la arena del coso y a los corrales, en los que los morlacos esperan el momento de su lidia. Naturalmente, cuando lo ordinario y acostumbrado es que se penetre en los circos taurinos por las puertas de abajo y que, para llegar a las entradas superiores, se suban escaleras, esta disposición arquitectónica —única en España— tiene que parecer extraña, y es, por modo indudable, de carácter exclusivo. Muchas veces se ha aludido al tendido de los sastres, refiriéndose a lugares de fuera de las plazas y de público dominio, desde los cuales es fácil presenciar los espectáculos sin haber cotizado previamente el importe del boleto que da derecho a acceso y asiento. No sé —no creo que lo sepa nadie— por qué la alusión al dignísimo gremio de sastrería cuando se quiere hacer referencia a los que ven las corridas de balde y desde sitios ajenos al recinto propio para el espectáculo. Pero, aceptada la curiosa denominación, convengamos en que el mejor de todos los tendidos de sastres es el de Tarifa, porque el que, en lugar de descender a la localidad que tiene asignada la entrada que compró, se queda arriba, en el borde de la taza que es el coso taurino de la ciudad que hizo famosa Guzmán el Bueno, ve perfectamente la fiesta sin que nada se le pueda oponer, ni haya obstáculo para su deseo de esparcimiento gratuito.

Esta curiosa construcción de la plaza tarifeña me ha hecho pensar en la diversidad de fisonomías de los cosos destinados a la fiesta taurina. En el cine, a los que no hemos llegado hasta allá, se nos ha ofrecido la estampa de la gran plaza del Toreo, de Méjico, que tiene unas antecorridas o lugares de acceso espaciosos y que no parecen los más apropiados para llegar a la circular gradieria. En España misma, hay plazas de muy diferente arquitectura. Las hay magníficas, grandiosas, de aforo impresionante, que tienen varios pisos. Las hay chicas, modestas, de un rostro marcadamente pueblerino. Y no faltan las intermedias. La realidad es que, siendo uniforme lo esencial, ruedo y tendidos, gradas y palcos, pasillos en círculo, tras las localidades que distribuyen el terreno, unas plazas no se parecen a otras. Como las fachadas de las casas, como las calles y las plazas que conforman la fisonomía de una ciudad, como la misma cara individual de las personas, cada una tiene su propio carácter y sus rasgos. La simpatía hacia una población, como hacia un individuo, o, por el contrario, el invencible sentimiento de hostilidad, lo determina muchas veces el aspecto exterior. No todos somos iguales. No lo son las plazas de toros. Por ejemplo, la vieja de Madrid, para muchísimos aficionados, era más simpática que la actual, con todo su impresionante aspecto y su modernidad sugestiva. La nostalgia nos hace recordar aquella plaza que se llamaba «de la carretera de Aragón», como la actual se denomina «de las Ventas». Las dos ejercieron la función de ser las primeras del mundo. Aunque, para ciertos colosos del toreo, estén resultando las últimas.

El tono arquitectónico suele ser semejante. Una plaza de toros tiene, generalmente, rasgos y matices que recuerdan el estilo árabe. Las columnas, las ventanas exteriores, el modo de distribuir palcos y gradas, recuerdan las formas de típico modo marrueco. Y con todo, con una contextura que, por la característica del espectáculo, por esa coincidencia en los vestigios árabes, parece que es casi igual, es innegable que cada coso tiene su propio rostro, y que los que llegan a una plaza de provincias en la que no han estado, descubren rincones, escaleras, modalidades, que les llaman la atención. Ahora que ninguna, en la singularidad, en lo excepcional y raro, como esa plaza de Tarifa, a la que hay que entrar por el tejado. Porque en las demás, con su fisonomía distinta —aunque similar en muchos aspectos y detalles—, se entre por las puertas que están en la rasante de la calle, y en ésta el espectador baja del cielo. El cielo, donde está el tendido más barato, el de los sastres.

FRANCISCO CASARES



La plaza de toros de la carretera de Aragón o, por otro nombre, la plaza vieja



# ME FUI DE LOS TOROS SILENCIOSAMENTE, NOS DIJO MANUEL DEL POZO, RAYITO

## EL DIESTRO SEVILLANO TOREO POR ULTIMA VEZ EN LINARES CON EL GALLO Y COLOMO

El cine lo apartó definitivamente de la profesión



Manuel del Pozo, Rayito

ME gustaría poder olvidar todo. Rayito hablaba lentamente. Fuera —en la calle—, la lluvia repiqueteaba sobre el asfalto. La tarde, ya gris, confundía en la penumbra los rostros. Se adivinaba el gesto y la sinceridad de las palabras se medían por el tono. Buena tarde para desempolvar los recuerdos!

Lluvia, penumbra y quietud. Frente al periodista, Manuel del Pozo, Rayito, con la gravedad de su reposo. Con ese equilibrio del hombre que ya está de vuelta en la vida. Que lo tuvo todo y lo va devolviendo ahora, en ese correr inflexible de la vida que con prisas quiere rescatar lo que otro día tuvo que ofrecer a una juventud que exigía. El precio que Rayito puso a su mocedad: el triunfo.

Manuel del Pozo había jugado alegremente con los toros. Su gracia sevillana bordaba en las tardes de triunfo rosas de sangre en los alamares de su vestido de seda azul y blanco. Eran otros días. Otras tardes de sol. Entonces corría la vida tan generosamente como la propia juventud quemada en tracas alegres.

Hoy todo ya pasó. En esta tarde gris, Rayito aprisiona su recuerdo, su amargura y su rebeldía.

Es el equilibrio y la mesura de una vida un poco ya de vuelta, de una feria de vanidades, que es la Fiesta, cuando aun no había destrozado su ídolo.

—Me fui de los toros prudentemente. Cuando mejor estaba y muchos seguían creyendo en mi arte.

—¿Y no le duele ahora esa retirada en silencio?

—No lo crea. Cuando los años pasan, se comprende que es cien veces mejor el silencio que el ruido. Además, mi tránsito por el silencio fué leve. Cuando quise darme cuen-

ta, sujetaba una popularidad tan brillante como la Fiesta misma. Había dejado de ser torero para hacerme actor de cine. Del sol rutilante sobre las pedrerías del vestido torero a la luz blanca y luminosa de los Estudios. De mi paso por el cine quedan dos películas: *La maja del capote* y *Espronceda*.

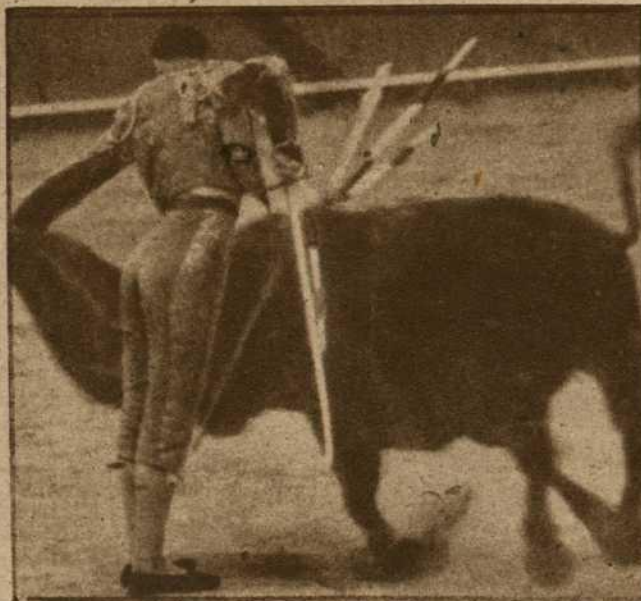
—¿Ahora trabaja en el cine?

Rayito repiqueteó con sus dedos en el mármol del velador.

—Se va a sorprender usted un poco cuando le diga que también me he retirado del cine.

—Quisiera comprenderle—acepto de la mejor manera.

—Es que quizá no pueda hacerlo, cuando le se-



Rayito en un pase con la izquierda, durante una de sus actuaciones en Méjico

ñale, que deje el cine para volver a los toros.

—La verdad es...

Manuel del Pozo me rogó silencio con un ligero ademán. Su mano se posó en mi brazo, aprisionándolo con un tic nervioso.

—No crea que he vuelto a torear. Aquello pasó. Desde hoy viviré de cerca la Fiesta como apoderado de los hermanos Gallito: de Rafael, el matador de toros, y de José, el novillero. Para ocuparme seriamente de mi nueva profesión, he dejado el cine. En cualquier aspecto de la vida, hay que darlo todo. O no darlo.

—Y hablando de usted, Rayito... ¿En qué año tomó la alternativa?

—El día 8 de agosto de 1926, en la Plaza de San Sebastián, de manos de Valencia II y siendo testigo Algabeño. Confirmé la alternativa el 12 de mayo del año siguiente, en Madrid, actuando de padrino Chicuelo y como testigo el Niño de la Palma.

—¿Su mejor temporada?

—La del 27, y en la que toreé 51 corridas de toros. Buen recuerdo en aquellos años de competencia.

—¿Su triunfo más señalado?

—El que alcancé en Madrid, en el toro de mi alternativa.

—¿La última corrida que toreó?

—En el año 36, y en la Plaza de Linares, me vestí por última vez de luces. Aquella tarde alternábamos el Gallo, Colomo y yo. Mi retirada coincidió con la del Gallo, puesto que en Linares, el famoso diestro sevillano toreaba su última corrida.

—¿Se retiró usted entonces de los toros?

—No. Cuando yo toreé aquella corrida no podía pensar que iba a ser la última. Ahora es cuando de verdad he anunciado que me iba definitivamente de los toros.

—Y en Madrid, ¿cuándo se vistió por última vez de luces?

—En aquel mismo año toreé en Madrid, alternando con Manolo Martínez y Luis Morales.

—Desde entonces, ¿no pensó usted nunca en volver otra vez a los ruedos?

—Créame. Lo dejé para siempre y nunca he sentido el deseo de volver.

—¿No añora las tardes de triunfo?

—Algunas veces. En estos momentos, prefiero que las tardes de triunfo me las ofrezca el torero que apodero. Cada cosa a su tiempo.

En la calle, la lluvia repiqueteaba en el asfalto. En la quietud y en la penumbra de este café, la pausa era el silencio.

Ni una palabra más se cruzó entre el famoso torero y el periodista.

CRUZ ERNESTO FRANQUET



Gallito y Manuel del Pozo charlando en la madrileña calle de Alcalá (Fots. Manzano)

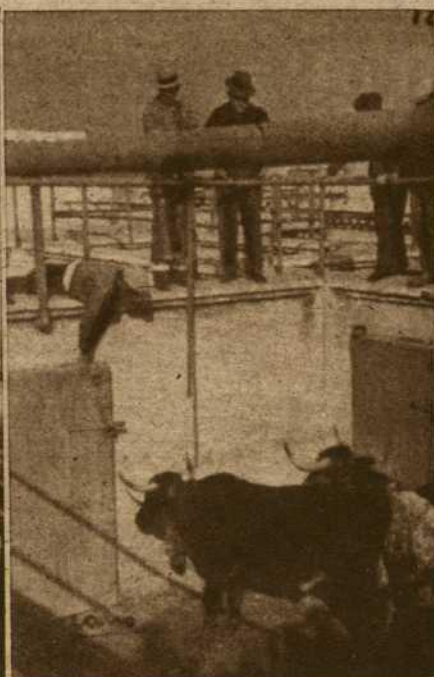


## LAS RESES EN EL CAMPO

# HERRADERO EN LA FINCA DEL MARQUES DE PERALES



La preparación del hierro



El momento de separar los becerros



Acto de colocar el hierro a la res (Fotos Caño)

## ACEYTE YNGLES



PARASITO QUE TOCA... ¡MUERTO ES!

C. S. 100

## UN JUICIO DEL DIESTRO DE LA CORONELA

# De toros, nadie sabe una palabra, dijo una vez ANTONIO FUENTES en BAYONA



Antonio Fuentes

**S**IVA el sucedido que vamos a relatar para lección de los muchos aficionados que, andando todavía por los prolegómenos del arte taurino, se creen en él diestros, sabios y hasta doctorados.

Cuando vean que en Tauromaquia, los hombres más versados dicen llanamente lo difícil que es saber de toros, comprenderán, si es que quieren comprenderlo, lo poco firme y a veces impertinente de su postura.

Discreción y humildad para opinar y menos gritos desafortunados en el tendido.

Concedo que saber de toreritos no es ninguna cosa extraordinaria. Un mozallete de final de Bachillerato ya puede opinar sobre la materia. Pero de toros, ya es otra cosa. Antes de emitir juicio sobre cuestión tan peliaguda y pitonada, átese los machos el opínate.

Tenemos la seguridad de que lo que vamos a relatar es por primera vez estampado en un periódico.

Intervinieron en la anécdota un ganadero de reses bravas navarro, al que llamaremos don Fermín; un ganadero aragonés, al que conocerán nuestros lectores por don Jorge, y el diestro Antonio Fuentes, tan señor en los ruedos, que era la elegancia con traje de luces y con las banderillas en la mano.

Don Fermín y don Jorge se apreciaban mucho, y con cualquier pretexto se juntaban para estrechar los lazos de su amistad.

Los tres: don Fermín, don Jorge y Fuentes, murieron ya. Don Jorge fué quien me contó lo que voy a trasladar a mis lectores.

Don Fermín llevó a Pamplona cuatro novillos de su ganadería que habían de ser lidiados en una función dominical. Allí citó a su amigo don Jorge para que viera el juego de sus reses, y de paso, para estar un par de días reunidos.

Con gran sentimiento de ambos, la función no se celebró. Un fuerte aguacero obligó a suspenderla a la autoridad competente.

Llegó el lunes, aburrido y triste. Ambos ganaderos comieron con una pena de amigos pamplonés, y a los postres, la conversación animada sobre temas taurinos y la alegría del vinillo hizo que surgiera la idea de embolar alguno de los novillos de don Fermín para que los concurrentes y algún agregado pudieran mostrar prácticamente sus conocimientos taurómicos. Era un final digno de aquella pena de navarros taurinos; que en todo tiempo la afición navarra gustó más de la práctica que de la teoría en la materia de su predilección.

Se resistió al principio don Fermín, pero al cabo cedió, y uno de los novillos, colorao por más señas, fué corrido y torreado a placer... Se le dió ocasión para que aprendiera del toreo todas las tretas y argucias.

Al día siguiente, desde Bayona, se le pidió urgentemente a don Fermín, para ser torreada en aquella ciudad francesa, una media corrida de toros. Fuentes y otro diestro de categoría modesta serían los encargados de darles muerte.

Don Fermín embarcó sus novillos, que pasarían por toros (igual ocurre ahora en las Plazas españolas), y acompañado de su entrañable amigo cruzó la frontera.

Y ya estamos en los corrales de la Plaza de toros de Bayona, el día de la función.

Los novillos navarros, un poco «moscas» al oír hablar francés a unas «demoiselles» que los contemplan desde un balconcillo, y don Fermín, don Jorge y Fuentes, guarecidos en un burladero preparando el apartado. Y surge la petición inesperada de Fuentes:

—Ese torito colorao me lo va usted a echar a mí, don Fermín.

—Mira, Antonio: no te lo aconsejo. Su madre es de lo más manso que tengo en la vacada y él mismo tuvo una nota mediana en la tienta.

Todo esto lo dijo don Fermín azorado y casi tartamudeando.

—No importa —añadió Fuentes—; ese bicho me ha entrado por el ojo derecho y quiero toréarlo.

Aun forcejeó un rato el ganadero, pero no hubo medio de disuadir al lidiador.

A la tarde, en la Plaza, Fuentes en el ruedo, vestido de luces y con el capote de brega al brazo, y los dos ganaderos en asientos de barrera, esperaban la salida del colorao por la puerta de toriles. Don Fermín temía, y con razón, que el novillo saliera mostrando tales conocimientos en el lenguaje de Cicerón, que Fuentes pudiera entrever algo de lo ocurrido en Pamplona.

Pero salió el colorao, y sin excederse fué cumpliendo. Acudió a los capotes, y en las embestidas no mostró resabios ni se fué al bulto.

Cuando llegó la hora de matar, el novillo, que había ido a más, pedía pelea. Fuentes, después de brindar a don Fermín, se la ofreció franca y confiada con la muleta en la mano izquierda.

El diestro de La Coronela toró a su gusto. Le sacó al colorao todos los pases que quiso. El bicho seguía el engaño como un cordero. Fuentes lo mató con desahogo, calándolo lindamente por las agujas.

Don Fermín respiró satisfecho. ¡Menudo peso se le había quitado de encima! Y una hora más tarde, en el cuarto de la fonda, mientras se quitaba la taleguilla, Fuentes le decía a don Fermín, todo sonriente:

—¿Lo ha visto usted claro, don Fermín? Se creía usted, y motivos tenía para ello, por ser un ganadero, que conocía al colorao; que sabía lo que llevaba dentro. Pues se ha equivocado de medio a medio. De toros, mi querido don Fermín, nadie sabe una palabra.

Y no le faltaba razón a Fuentes para la sentencia. —CANTARES.





Los matadores que no se han ido a América — que en realidad son muy pocos — se dedican en la actualidad a visitar los tentaderos. Es decir, que van a tientas. No nos extraña lo más mínimo, porque el asunto de la fiesta nacional no está nada claro.

Los telegramas que se recibieron, en principio, de la cogida de Manolete aseguraban que era muy grave el percance. Después, Camará dijo que no era impor-

## BURLADERO

tante. El propio diestro, más tarde, aseguró que no era nada. Y a los cinco días, el cordobés salió del sanatorio.

Y menos mal que han dejado de enviar nuevos cables. De lo contrario, se hubiera dado el caso, a lo mejor, de resultar que ni siquiera había sido cogido.

O que aun no había toreado.

Parece ser que Arruza podrá ser elegido justamente como presidente del Montepío de Toreros. No importa que sea mejicano, pues además del precedente sentado por Gaona, puesto que él es elector, también puede ser elegible.

En fin, lo mejor será esperar a que vuelva. A ver si tiene tiempo.



El Choni ha repartido veinticinco mil pesetas entre los pobres de la barriada de la calle de Sagunto, en Valencia. El acto estuvo amenizado por la banda de música de La Vega. El reparto se hizo en fracciones de cincuenta pesetas.

Creemos que llegaría para todos; pero si no — ¡oh, la previsión! —, ahí estaba la banda de La Vega para que les tocara.

# ¡Para la SOMBRA y el SOL!

## CADA SIETE DIAS UNA VARA

### TOREO DE IMPORTACION



En esta semana se ha publicado en los periódicos la noticia de que dos chiquillos, fugados de su casa, habían sido detenidos en Portugal, adonde llegaron, en la perretera de un tren, con ánimo de continuar hasta Méjico para hacerse toreros.

Y es que los chicos ya saben mucho.

Porque, hasta ahora, a cualquiera que se le hubiera ocurrido dejarse la coleta para después lucirla en los ruedos, hubiera pensado que nada mejor para sus propósitos que España, tierra y cuna de toreros, donde Pedro Romero puso cátedra.

Pero hoy los tiempos son otros. El torero de importación tiene un valor más acusado a la hora de cotizarse. Le ocurre algo así como a nuestros vinos, nuestras materias primas y nuestros aceites, que necesitan salir de aquí para volver con el valor centuplicado. En la actualidad, los coletudos — es un decir — del otro lado del Atlántico tienen mejor aceptación y más éxito. Son más solicitados por las Empresas y más aplaudidos por el público.

Y, claro, esto, por lo que se ve, lo saben ya hasta los chicos. Esos dos pequeños, que de no haber sido detenidos, al cabo de unos años, hubieran venido a «enseñarnos» a nosotros cómo se torea.

¡Se ve cada cosa!

## UN AYUDADO POR ALTO



No siempre nos hemos de meter con los toreros de hoy ni con las cosas que pasan por los ruedos de España. Alguna vez les tiene que tocar la china a los de antes.

Y la prueba es que hoy hemos elegido esta inefable fotografía, en la que el diestro trata de demostrar lo que debe ser un pase ayudado por alto. Y decimos solamente que trata, porque la verdad es que no lo ha conseguido. La ayuda que parece solicitar del exterior — es decir, de la parte no enfocada por el objetivo — no le llega, y el hombre echa la muleta al aire, mientras el toro pasa — un poco lejos, eso sí — camino de no se sabe dónde.

Nos alegra, pues, demostrar hoy con esto que no tenemos ninguna animosidad contra las cosas taurinas de la actualidad, en la que los ayudados por alto son tales ayudados y hasta estatuarios. Y en la que no se encontrará ninguna fotografía que el torero se presente de esta guisa.

Claro está que tampoco se la verá nunca con un toro de este porte.

## UNA ANECDOTA A LA SEMANA

### FERNANDO VII y Roque Miranda

El hecho sucedió en una de las llamadas corridas reales, celebrada durante el reinado de Fernando VII.

Uno de los espadas que tomaron parte en el festejo era Roque Miranda, quien por motivos políticos había estado perseguido y condenado a la horca. Sin embargo, el Rey, pasado el tiempo, concedióle su perdón, y en esta corrida reaparecía en Madrid el famoso diestro.

Antes de comenzar el espectáculo, Fernando VII llamó a los espadas a su palco y estuvo charlando con ellos, y al final los obsequió con unos puros como testimonio de su aprecio.

Transcurría plácidamente la corrida, cuando uno de los toros enganchó a Roque Miranda, corneándolo de manera impresionante. El percance causó impresión en toda la Plaza, pues lo aparatoso de la cogida daba la sensación de que el torero llevaba una cornada mortal.

Interesóse el Rey pronto por saber lo que le había pasado a Roque Miranda, cuál era su estado, y uno de los de su séquito corrió a enterarse.

Pronto dió la vuelta, y con cara alegre contó que gracias a los dos puros que el Rey le había regalado, y que Miranda había puesto en la faja, el cuerno había resbalado, sin llegar a herir al diestro.

Y entonces Fernando VII, con aire pensativo, dijo:

— ¡Qué lástima! ¡Podía habérselos hecho fumar delante de mí!







Jaime Marco hace entrega a una de las pobres de la barriada de Sagunto del donativo que el torero ha repartido en Valencia



El Choni durante la entrega de donativos a los pobres de su barrio

## JAIME MARCO, EL CHONI, reparte veinticinco mil pesetas entre los pobres de la barriada de Sagunto

**H**ACE algún tiempo, el popular diestro valenciano Jaime Marco, El Choni, manifestó su deseo de acudir en socorro de las familias más necesitadas de la valencianísima barriada de Sagunto, haciéndoles entrega de una cantidad que les permitiese aliviar en lo posible su precaria situación económica.

La promesa hecha por El Choni ha cristalizado en realidad al distribuir entre los pobres de aquella popular barriada, en donde naciera el generoso torero, la cantidad de veinticinco mil pesetas.

Tan humanitario y simpático rasgo tuvo lugar el pasado domingo, a las doce de la mañana, en el local en donde se encuentra enclavada la peña taurina «El Choni», en donde al efecto se levantó una espaciosa tribuna que

fué ocupada por Jaime Marco, los señores Alegre y Puchades, empresarios de la Plaza de toros de Valencia; el presidente y secretario de la peña taurina «El Choni», periodistas y destacados aficionados. También asistieron las bellezas falleras de las calles de Sagunto y Visitación-Orihuela, ataviadas con el típico traje de labradora.

Minutos antes de la hora señalada para el acto hizo su aparición Jaime Marco, El Choni, el cual fué recibido por la gran multitud que allí se había congregado con vivas manifestaciones de simpatía, a las que correspondió El Choni profundamente emocionado.

Inició el acto el miembro de la peña taurina «El Choni» Vicente Montesinos, explicando de forma elocuente y emotiva el altruista rasgo de Jaime Marco.

A continuación, El Choni, ayudado por las belle-

zas falleras mencionadas y el presidente y secretario de la peña que lleva su nombre, procedieron a repartir entre los pobres la cantidad ofrecida.

Durante este tiempo, el público, que durante el acto había ido engrosando y que se iba haciendo incontenible, en su deseo de llegar hasta donde se encontraba el generoso torero, hizo objeto a El Choni de calurosas ovaciones que se prolongaron hasta el momento de abandonar Jaime Marco aquel lugar.

Muchos favorecidos no pudieron reprimir su honda emoción y abrazaron agradecidos a El Choni, ensalzando su fervor religioso y elevados sentimientos caritativos.

RECORTE

Jaime Marco, acompañado de las bellezas falleras, los empresarios Alegre y Puchades y de socios de la peña «Choni»



Una vista de la plaza de Santa Mónica, donde se procedió al reparto de donativos a los pobres de la barriada de Sagunto (Fots. Vidal)







Un detalle de la tiente.  
(Dibujo de Enrique Segura.)





ENRIQUE  
SEGURA

Toreros célebres: María Salomé, La Reverte.  
(Dibujo de Enrique Segura.)